



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

VIAJES EXTRAORDINARIOS LAUREADOS POR LA ACADEMIA FRANCESA.

EL ARCHIPIÉLAGO DE FUEGO, POR JULIO VERNE.

TRADUCCION DE ALFREDO GARCIA LOPEZ.

Esta distancia fué rápidamente recorrida por la *Karysta*, que forzó velas de tal modo que su borda rozaba con la superficie del agua. La brisa había refrescado mucho. Fué menester toda la atención y toda la habilidad del timonel para no comprometerse con aquel enorme velamen. Por fortuna eran sólidos los mástiles y el aparejo casi nuevo y de superior calidad. No hubo que tomar ningún rizo ni que hacer maniobra alguna.

La *sacoleva* se portó como lo hubiera hecho en una regata ó en alguna apuesta internacional.

De este modo pasó á la vista de la isleta de Paxo. Por la parte del Norte empezaban á dibujarse las primeras alturas de Corfú. Á la derecha se recortaba en el horizonte la costa albanesa con las escotaduras

de los montes Acroceroños. Algunos buques de guerra que enarbolaban pabellon inglés ó turco se veían ya en aquellos sitios del mar Jónico tan frecuentados. La *Karysta* no se preocupó de unos ni de otros. Si se la hubiera hecho señal de virar habría obedecido sin vacilación, pues no tenía á bordo cargamento ni papel alguno que denunciase su origen.

Á las cuatro de la tarde la *sacoleva* ceñía un poco el viento para entrar en el estrecho que separa la isla de Corfú de tierra firme. Tesáronse las escotas y el timonel orzó un cuadrante con objeto de tomar el cabo Bianco, al extremo Sur de la isla.

Aquella primera porción del canal es más risueña que la parte Norte, y por esto forma un delicioso contraste con la costa albanesa, casi salvaje y medio

inculca. Unas millas más léjos el estrecho se ensancha por la escotadura del litoral de Corfú. La sacoleva se dejó ir un poco para poder atravesarle oblicuamente. Estas entradas y salidas del perfil, profundas y multiplicadas, dan á la isla sesenta y cinco leguas de perímetro, siendo así que su mayor longitud es de veinte y su mayor anchura de seis.

Serian las cinco cuando la *Karysta* enfilaba cerca del islote de Ulyses, la abertura que pone en comunicación al lago Kalikiopulo con el mar. Luégo siguió los contornos de aquella encantadora calzada, cubierta de aloes y de pitas, frecuentada por los carruajes y los jinetes que van una legua al Sur de la ciudad á buscar con la fresca brisa del mar el disfrute de un



Era el Salto de Lencada.

admirable panorama, cuyo horizonte al otro lado del canal está formado por la costa albanesa.

Pasó por delante de la bahía de Kardakis y las ruinas que la dominan del palacio de verano de los Altos Lorea Comisarios, dejando á la izquierda la bahía de Kastradés, en la que se asienta el barrio del mismo nombre; la Strada Marina, que más bien es un paseo que una calle; luégo la penitenciaría, el antiguo fuerte Salvador y las primeras casas de la capital de Corfú. La *Karysta* dobló el cabo Sidero, que sostiene la ciudadela, especie de pequeña población militar, bastante capaz para contener en su recinto la habitación del jefe, los pabellones de los oficiales, un hospital y una iglesia griega convertida por los ingleses en templo

protestante. Por último, dirigiéndose francamente al Oeste, el capitán Starkos dobló la punta de San Mikoko, y después de costear la playa donde se hallan las casas de la parte Norte de la ciudad, fondeó á medio cable del muelle.

Se preparó el bote, y Nicolás Starkos y Skopelo tomaron asiento en él, no sin que el capitán dejase de poner en su cinturón uno de esos puñales de hoja ancha y corta que tanto se usan en las provincias de Mesenia. Desembarcaron en la oficina de Sanidad y enseñaron los documentos de á bordo, que estaban perfectamente en regla. Cumplida esta formalidad, se dirigieron á donde bien les pareció, después de citarse á las once para volver al buque.

Skopelo, encargado de los intereses de la *Korysta*, se internó en la parte comercial de la ciudad, recorriendo estrechas y tortuosas calles de nombres italianos, con tiendas abovedadas, con todo el aspecto de confusión de un barrio napolitano.

Nicolas Starkos dedicó la noche á tomar lenguas, como suele decirse, y para esto se dirigió hácia la explanada, el barrio más elegante de Corfú.

La explanada ó plaza de armas, en cuyos lados crecen hermosos árboles, se extiende entre la ciudad y la ciudadela, de la que está separada por un ancho foso. Extranjeros y naturales del país iban y venían sin cesar, con una animación que sin embargo no era la de una fiesta. Los correos entraban en el palacio edificado al Norte de la plaza por el general Maitland y salían por las puertas de San Jorge y San Miguel, á los lados de la fachada de piedra blanca. De este modo se verificaba un continuo cambio de comunicaciones entre el palacio del gobernador y la ciudadela, cuyo puente levadizo estaba echado delante de la estatua del general Schulenburg.

Nicolas Starkos se confundió con la multitud, y vió claramente que se hallaba bajo el influjo de una emoción poco frecuente. Como no quería preguntar á nadie, se limitó á oír, advirtiendo que en todos los grupos se pronunciaba un nombre acompañado de calificativos poco halagüeños; el nombre de Sacratif.

Esto pareció que excitaba su curiosidad; pero después de encogerse de hombros, continuó bajando por la explanada hasta la terraza que la limita dominando al mar.

En aquel sitio habíase reunido buen número de curiosos al rededor de un templete, de forma circular, recién levantado en memoria de sir Thomas Maitland. Algunos años después se erigió en el mismo lugar un obelisco en honor de uno de sus sucesores, sir Howard Douglas, que debía formar paraja con la estatua del alto lord comensal actual, Frederik Adam, cuyo emplazamiento estaba ya señalado delante del palacio del gobernador. Es posible que si el protectorado de Inglaterra no hubiera concluido, al entrar las islas Jónicas bajo el dominio del reino helénico las calles de Corfú estarían cubiertas de estatuas de sus gobernadores. Sin embargo, muchos hijos de la isla no pensaban en censurar aquella prodigalidad de hombres de bronce ó de piedra, y acaso más de uno eche de ménos ahora, con el antiguo estado de cosas, los errores administrativos de los representantes del Reino Unido.

Pero si acerca de este punto existen opiniones encontradas; si entre los setenta mil habitantes que cuenta la antigua Corcyra, y entre los veinte mil de su capital, hay cristianos ortodoxos, católicos griegos, gran número de judíos, que en aquella época habitaban en un barrio aislado, como una especie de ghetto; si en la vida de vecindad de tantos tipos de razas diferentes existían ideas opuestas sobre motivos diversos, aquel día parecía que todos los sentimientos se habían fundido en un pensamiento común, en una maldición lanzada á aquel nombre que se repetía sin cesar:

— ¡ Sacratif! ¡ Sacratif! ¡ Sús, al pirata Sacratif!

Y ya hablasen inglés, francés ó griego los transeúntes, si bien variaba la pronunciación de aquel nombre execrado, no eran ménos expresivos de un sentimiento de horror los anatemas con que se le abrutaba.

Nicolas Starkos seguía oyendo sin decir nada. Desde lo alto del terrado podían recorrer sus ojos fácilmente una parte del canal de Corfú, estrado como un lago hasta las montañas de Albania, cuyas cumbres resplandecían iluminadas por el sol poniente.

Volvióse el capitán de la *Korysta* hácia el puerto, y observó un movimiento muy pronunciado. Numerosas embarcaciones se dirigían hácia los buques de guerra, y se cambiaban señales entre aquellos buques y la atalaya de la ciudadela, cuyas baterías y casamatas desaparecían detrás de una cortina de gigantescos aboes.

Era evidente — y con aquellos síntomas no podía engañarse un marino — que uno ó varios buques se preparaban á abandonar á Corfú, y si esto se verificase, era preciso reconocer que la población se interesaba en gran manera.

El sol había desaparecido ya detrás de las altas cumbres de la isla, y con el crepúsculo, muy corto en aquella latitud, no tardaría en llegar la noche.

Nicolas Starkos creyó oportuno abandonar el terrado, y bajó á la explanada, dejando en aquel sitio á la mayor parte de los espectadores retentidos por la curiosidad. Luego se dirigió con lento paso hácia los portales de aquella serie de casas que limita el lado Oeste de la plaza de armas.

Allí no faltaban ni cafés llenos de luz, ni filas de sillas dispuestas en las aceras, ocupadas ya por numerosos consumidores. Conviene observar que éstos hablaban más que consumían, si es que esta palabra moderna puede aplicarse á los habitantes de Corfú de hace cincuenta años.

Nicolas Starkos se sentó junto á un velador con intención firme de no perder una sola letra de las conversaciones que se entablában en las mesas próximas.

— Verdaderamente — decía un armador de la Strada Marina — ya no hay seguridad para el comercio, y nadie se atreve á aventurar un cargamento de valor en las escalas de Levante.

— ¡ Y pronto — añadió su interlocutor, uno de esos enormes ingleses que parece que están siempre sentados sobre un fardo, como el presidente de su Parlamento — no se encontrará tripulación que consienta en servir á bordo de los buques del Archipiélago!

— ¡ Oh! ¡ Ese Sacratif!...; Ese Sacratif! — se repetía con verdadera indignación en los diversos grupos.

— ¡ Vaya un nombre! ¡ Es capaz de destrozar la garganta! — pensaba el dueño del café. — ¡ Debía refrescar todo el que le pronunciaba!

— ¿ Á qué hora zarpa la *Syphanta*? — preguntó el negociante.

— Á las ocho — repuso un habitante de Corfú. — Pero no basta partir, es preciso llegar al punto de destino.

—¡Bah! ¡Se llegará!—dijo otro.—¡No faltaría más sino que un pirata tuviera en jaque á la marina británica!.....

—¡Y á la marina griega, y á la marina francesa, y á la marina italiana!—añadió flemáticamente un oficial inglés, que quería que cada Estado tuviera su parte de responsabilidad en aquel asunto.

—¡La hora se acerca—dijo el negociante levantándose—y si queremos asistir á la salida de la *Syphanta*, ya es tiempo de volver á la explanada!

—No—respondió su interlocutor—no hay prisa. Además, un cañonazo anunciará la salida.

Y siguió el concierto de maldiciones proferidas contra Sacratif.



Volvióse el capitán de la *Karysta* hacia el puerto.

Nicolas Starkos juzgó que había llegado el momento favorable para intervenir, y sin que nada pudiera demostrar en su acento que era oriundo de la Grecia meridional, dijo á varias personas que estaban á su lado:

—Señores, ¿tendriais la bondad de decirme qué es esa *Syphanta*, de la cual habla hoy todo el mundo?

—Es una corbeta, señor—le respondieron;—una corbeta fletada, armada y equipada por una compañía de negociantes ingleses, franceses y de Corfú, cuya tripulación está compuesta de hombres de diversos países y que se dispone á zarpar al mando del valiente capitán Stradena. ¡Acaso consiga él hacer lo

que no han podido lograr los buques de guerra de Inglaterra y de Francia!

—¡Ah!—dijo Nicolas Starkos.—¡Es una corbeta que zarpa!..... Y ¿para dónde?

—Para los sitios en que pueda encontrar y prender al famoso Sacratif.

—Ahora, ¿me permitiréis que os pregunte quién es ese famoso Sacratif?

—¿Preguntais que quién es Sacratif?—exclamó su interlocutor estupefacto, en unión del inglés, que lanzó un prolongado «¡Aoh!» de sorpresa.

La verdad es que un hombre que en plena ciudad de Corfú ignoraba quién era Sacratif, precisamente

cuando este nombre estaba en todas las bocas, bien podía ser mirado como un fenómeno.

El capitán de la *Korysta* conoció en seguida el efecto que producía su ignorancia, y se apresuró á añadir:

— Soy extranjero, señores, y acabo de llegar de Zanto, es decir, del fondo del Adriático. Así es que no estoy al corriente de lo que pasa en las islas Jónicas.

— ¡Decid mejor que no sabéis lo que pasa en todo el Archipiélago! — exclamó el de Corfú. — ¡El teatro de las piraterías de Sacratif es el Archipiélago entero!

— ¡Ah! — repuso Nicolas Starkos. — ¿Es un pirata?

— ¡Un pirata, un corso, un bandido de mar! — contestó el enorme inglés. — ¡Sí! ¡Sacratif merece esos nombres y todos los que se pudieran inventar para calificar á un malhechor como ése!

Al llegar aquí dió un resoplido para tomar aliento. Luego añadió:

— ¡Lo que me asombra, señor, es que se encuentre un europeo que no sepa quién es Sacratif!

— ¡Oh! — contestó Nicolas Starkos. — Ese nombre no me es completamente desconocido, podéis creerlo; pero ignoraba que fuera él quien hoy pone en conmoción á toda la ciudad. ¿Aviso está Corfú amenazada por un desembarque de ese pirata?

— ¡No se atrevería! — gritó el negociante. — Nunca tendría el atrevimiento de poner el pié en nuestra isla!

— ¡Ah! ¿De veras? — dijo el capitán de la *Korysta*.

— ¡De veras, señor, y si lo hiciese ¡oh! si lo hiciese, las potencias obrarían de acuerdo para atraparle en cualquier rincón de la isla y cogerlo como á una alimaña!

— Pero en ese caso, ¿de qué proviene esta conmoción? — preguntó Nicolas Starkos. — Hace una hora que he llegado y todavía no he podido comprender su causa. ...

— Pues es muy sencilla, señor — dijo el inglés. — ¡Dos barcos mercantes, el *Three Brothers* y el *Cornatic*, han sido apresados, hará un mes próximamente, por Sacratif; y todos los tripulantes que sobrevivieron fueron vendidos en los mercados de la Trípolitana!

— ¡Oh! ¡Ese es un negocio indigno, del cual tendrá Sacratif que arrepentirse! — exclamó Nicolas Starkos.

— Cuando se supo la noticia — continuó el de Corfú — cierto número de negociantes se asociaron para armar una corbeta de guerra, de excelente andar, tripulada por marineros escogidos y al mando de un intrépido navegante, el capitán Stradona que va á dar caza á Sacratif. ¡Esta vez hay motivos para creer que el pirata que tiene en jaque á todo el comercio del Archipiélago no escapará á la suerte que le espera!

— Será difícil, en efecto — dijo Nicolas Starkos.

— Y si veis á la ciudad en conmoción — prosiguió el inglés — si todo el pueblo ha venido á la explanada es para asistir á los preparativos de marcha de la

Syphanta, que será saludada con millares de *ghurrah!* cuando baje por el canal de Corfú.

Nicolas Starkos sabía ya todo lo que deseaba saber. Dió gracias á sus interlocutores y fué á mezclarse de nuevo con la muchedumbre que llenaba la explanada.

Lo que habían dicho los ingleses y los de Corfú no tenía nada de exageración. ¡Por desgracia era muy cierto! Hacía algunos años que las depredaciones de Sacratif se manifestaban con actos abominables. Un gran número de buques mercantes de todas las naciones había sido atacado por aquel pirata tan audaz como cruel. ¿De dónde venía? ¿Cuál era su origen? ¿Pertenecía á aquella raza de corsarios oriundos de las costas de Berbería? Nadie hubiera podido decirlo. Nadie le conocía. Nadie le había visto. No volvió ni uno solo de los que se encontraron bajo el fuego de sus cañones: unos murieron, otros quedaron reducidos á la esclavitud. ¿Quién podría señalar los buques que montaba? Pasaba sin cesar de un barco á otro. Unas veces atacaba con un brick levantino y otras con alguna de esas ligeras corbetas invencibles en la marcha, y siempre con bandera negra. Si en alguno de aquellos encuentros no era el más fuerte, y se tenía que buscar su salvación en la huida delante de algún temible navío de guerra, entonces desaparecía súbitamente. Era inútil ir á buscarle en los desconocidos refugios que tendría en rincones ignorados del Archipiélago. Conocía los pasos más ocultos de las costas, cuya hidrografía dejaba mucho que desear en aquella época.

Si el pirata Sacratif era un buen marino, también era un terrible hombre de acción. Secundado siempre por tripulaciones que no retrocedían ante nada, nunca se olvidaba de darlas, después del combate, la «parte del diablo», es decir, algunas horas de saqueo. Por esto sus compañeros le seguían á donde quería llevarles, y ejecutaban sus órdenes fueran las que fuesen. Todos se hubieran hecho matar por él. La amenaza del suplicio más espantoso no les hubiera obligado á denunciar al jefe, que ejercía sobre ellos una verdadera fascinación. Con hombres de tal temple lanzados al abordaje, pocas veces podía resistir un buque, sobre todo un buque mercante que carece de medios de defensa.

Pero si Sacratif, á pesar de su habilidad, hubiese sido sorprendido por un barco de guerra, primero habría volado que rendirse. Se contaba que en un empeño de esta clase le faltaron los proyectiles, y cargó sus cañones con las cabezas recién cortadas de los cadáveres que sembraban el puente de su buque.

Tal era el hombre á quien tenía que perseguir la *Syphanta*, el temible pirata cuyo nombre maldito producía tanto pavor en Corfú.

No tardó en sonar un cañonazo, y en lo alto del terraplen de la ciudadela se elevó una humareda de la cual brotaba un vivo relámpago. Era la señal de marcha. La *Syphanta* aparejaba y se disponía á bajar por el canal de Corfú para dirigirse á las aguas meridionales del mar Jónico.

(Se continuará.)

AVENTURAS DE UN PILLUELO DE PARÍS EN OCEANIA,

POR LUIS BOUSSENARD.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LOPEZ.

— ¡Allá veremos! — replicó Pierre con su seriedad inalterable. — Se me ocurre una idea. Si pudiéramos acercarnos al buque, quizás encontraríamos algunos objetos que nos convendrían, y puesto que, según acontece á la mayor parte de los Robinsones, tenemos cerca de nosotros una embarcación encallada, debemos aprovecharnos de ella. Dentro de poco ya no será tiempo.

— Vamos allá, y.... ¡mucho cuidado con esos marrachos de color de hollín!

Al aparecer la piragua se produjo un movimiento de emoción en la flotilla. Los mercederos, cuya vista escudriñadora reconoció desde luego el color blanco de la epidermis de los recién venidos, se alejaron prudentemente, ya porque les atribuyesen los maledicios de la noche anterior, ya porque sus rostros pálidos no les inspirasen mucha confianza.

Pierre pudo amarrar su piragua á la cadena rota de una ancla de serviola, de la que también se valieron para escalar el casco mutilado del *Lao-Tsou*. Poco después de aquel trabajo recogieron un miserable botín: algunas cajas de conservas que se salvaron del saqueo, sondas y anzuelos, útiles que podrían prestarles buenos servicios en lo porvenir, hachas, un trozo de lona, etc. La despensa estaba casi emergida, y no les fué posible recoger de ella provision alguna. Ya iban á regresar á la costa, después de inútiles pesquisas, cuando Friquet entró casualmente en el camarote del capitán.

El desorden que en él reinaba servía para probar, no tan sólo la marcha precipitada de su dueño, sino también la visita de los furiosos colicos. No había algo que se escapara á su rabia devastadora. Todo estaba destruido, hasta un gran mapa pegado en tela, cuyos jirones colgaban lastimosamente de un tabique.

El parisiense levantó maquinalmente uno de aquellos pedazos y dirigió una mirada distraída. Al punto lanzó un grito de sorpresa.

— ¡Demonio! — dijo descolgando el trozo casi intacto. — No he perdido el tiempo, y veo que esta excursión va á ser muy útil. Hé aquí el mapa en que ese pirata marcaba el rumbo. Está bien. Sin duda había acabado de señalar la altura en el momento del naufragio. Si por casualidad lo hubiera indicado, sabríamos el sitio en que nos hallamos. Perfectamente. Examinaré esto en tiempo oportuno — dijo, mientras guardaba en el bolsillo de su blusa aquel fragmento que de repente acababa de adquirir á sus ojos un valor inestimable. — ¡Hola! ¡un revólver.... un.... «New-Colt»; excelente sistema! Cartuchos.... buen artículo de viaje. ¿No hay más? ¡Pues en marcha!

El parisiense, lleno de alegría, subió al puente y

vió á Pedro ocupado en verificar el trabajo de un saquillo muy pesado que contenía muchos cuerpos redondos, gruesos como el puño.

— ¡Eh! ¿Qué diantre llevas ahí, marinero? ¿Son patatas?

— Luego te lo diré — dijo Pierre guiñando un ojo.

— Bueno — dijo entre sí Friquet; — parece que nos preparamos recíprocamente una sorpresa.

— Ea, zarpemos.... pronto — ordenó el patron.

— ¿Tienes mucha prisa?

— Sí. Como me propongo ofrecerlos fuegos artificiales, desco que estemos bien colocados para ver el castillo final de modo que no nos quemem las chispas. Ante todo, conviene emprender de nuevo la marcha.

— Por ahora es inútil. Voy á proponerte un plan. Volvamos al fondeadero, pasemos en él la noche y hagamos los preparativos necesarios para aparecer mañana temprano, pues quizá sea menester andar de bellina durante el día.

— ¿Hay algo de nuevo?

— Mucho.

La marcha de los blancos fué para los papus la señal de una piratería, cuyo objeto era el casco del buque. El hecho que protegía á la inmensa armazón estaba destruido, puesto que seres humanos procedentes de la isla se habían atrevido á escalarle.

Pierre, Friquet y el chiníto, ocultos entre las rocas, esperaban el acontecimiento anunciado. El marinero se rein hasta no poder más. El círculo negro formado por las barcas de los papus iba estrechándose, y no faltarian más que unos veinte metros para llegar al *Lao-Tsou*, cuando de pronto surgió del casco una inmensa llamarada. El mar se apartó alrededor del buque, las olas arrojadas lateralmente por el impulso del ferro dislocado se elevaron en seguida, y luego sonó una detonación espantosa como la de cien truenos, que hizo temblar el suelo y agitarse los troncos de los árboles. El buque acababa de volar echando á pique piraguas, sumergiendo tripulantes y llevando de horror á los isleños que estaban apiñados en la orilla.

Al poco rato las olas cubiertas de despojos recobraron lentamente su nivel sin haber hecho más daño que la destrucción de las piraguas, pues los bogadores negros aparecieron en seguida nadando como locos hacia la costa y soplando como marsopas perseguidas por un tiburón.

— Ahí tenéis los fuegos artificiales que os he prometido — dijo Pierre. — Se trata de un barril de pólvora que he encontrado en la popa y que los colicos habían destapado creyendo que contenía aguardiente. Yo creo que este escarmiento será muy útil á los pon-

gos para que en adelante mireen con más respeto á esas máquinas flotantes y á los que van en ellas. Pero la lección no ha sido muy ruda, y á lo sumo, no tendrán más que construir nuevas piraguas.

—Estoy seguro de que ahora no saben á dónde ir con sus buecos, en medio de esos truenos que están oyendo hace dos días. ¿Sabes que te expodias á reducirlos á polvo en el caso de que la explosión se hubiera producido dos minutos después?

—¿No hay duda que habría sido una lástima! Aun cuando hubiesen muerto dos ó tres docenas de esas sabandijas, no me importaría. Si han vuelto sanos y salvos, mejor para ellos. Ya sabes que yo no soy capaz de imitar una mosca, pero desde que he visto á esas bestias feroces arrojarse sobre trescientos desgraciados indefensos, abriéndoles el vientre vivos, beber su sangre y devorarles, se han modificado mucho mis ideas acerca de esas á quienes los viajeros llaman *sencillas salvajes*.

—Es verdad—repuso Friquet suspirando.—Es preciso defenderse contra los ataques del hombre primitivo, ni más ni ménos que si se tratase de una fiera. Pero también es muy triste el ver siempre y en todas partes de qué manera se matan los seres entre sí.

—¿Pretenderías domesticarlos con terrones de azúcar?

—Esa misma respuesta di yo á M. André cuando estábamos en poder de los osyebes.

—Somos de la misma opinión. Me parece que la lección no ha sido tan ruda como yo esperaba. Mira, mira á esos endemoniados amenazando con el puño al cielo y á la tierra y llamando en su auxilio á una divinidad desconocida.... Decididamente no vamos á salir de aquí janas.

—Sí, mañana.

—¿Ah! ¿Quieres hacerme creer que ya has marcado el rumbo? ¿Sabes dónde estamos?

—Sí.

—Dilo.

—En seguida. Te advierto que es una sorpresa. Nos encontramos, salvo un error despreciable, en la isla de Woodlark, una masa de coral que tendrá de cuarenta y cinco á cincuenta millas de contorno y está situada á los 9° latitud Sur y 153° longitud Este del meridiano de Greenwich.

—Marinero, me confundes.

—Por consiguiente—prosiguió Friquet sin hacer caso de la interrupción—á la distancia de unos 3° de la punta oriental de Nueva Guinea.

—Trescientos kilómetros, como dice la gente de tierra.

—Está bien. Nos embarcaremos en nuestro cascaron de nuez y haremos rumbo á Nueva Guinea.

—La tarea es muy sencilla, por más que esa embarcación indígena no me parece que tiene bastante calado para resistir los embates de alta mar.

—Los melanesios y los polinesios han hecho con frecuencia trayesías de cuatrocientas y quinientas leguas en embarcaciones como ésta.

—Pues bien; si los salvajes han sido capaces de eso, nosotros lo serémos también. Pero ¿qué haremos cuando estemos en Nueva Guinea?

—Llegarémos á la costa Sur, continuando nuestra navegación hacia el Oeste, sin perder de vista la tierra.

—Es decir, un cabotaje. ¿Durará mucho tiempo?

—Sí, puesto que debemos costear todo el golfo de Papuasia, desde el meridiano 151°....

—.... de Greenwich.

—Siempre el de Greenwich.... Digo que desde el grado 151 de longitud Este hasta el 142.

—Ó lo que es igual, nueve grados en línea recta, si no me equivoco.

—Recorrerémos una distancia mínima de doscientas veinticinco leguas para encontrarnos frente al estrecho de Torres.

—Y entonces ¿qué haremos?

—Tentar de volver á nuestra patria.

—¿De qué modo?

—Permiteme que me reserve una sorpresa que recibirás más tarde.

—Si no hay dificultades....

—Las hay, y muy grandes. Piensa en los peligros de la navegación á través de esas puntas que erizan el mar. ¿Olvidas que no tenemos otro guía sino los astros? Ya conoces la importancia esencial de una buena dirección. ¿No cuentas para nada con el encuentro probable con los compatriotas de estas buenas gentes entre las cuales nos hallamos, y la falta de agua y de víveres?

—Tienes razón, hijo mío. La prudencia no es cobardía. El verdadero valor consiste en mirar fríamente el peligro y combinar los medios para conjurarlo.... ¿He dicho una tontería?

—Nada de eso. El complemento de ese valor verdadero consiste en mirar lo posible como hecho, lo imposible como realizable.

—¿Ah! Pero.... dime: ¿dónde has hecho ese gran descubrimiento relativo al lugar en que nos hallamos, así como al punto á donde hemos de dirigirnos?

—En el camarote del capitán americano, donde he recogido este fragmento de un mapa. Es un magnífico hallazgo, marinero; tanto más, cuanto que también tengo con qué asegurar nuestra dirección, en el caso de que las estrellas estén veladas por las brumas.

—¿Qué es eso?

—Este dije—añadió enseñando una brujubita que colgaba de la cadena de un enorme reloj de plata.

—¿Bravo! Nunca lo hubiera creído. Ea, todo marcha bien. La piragua está admirablemente provista y mañana zarparémos al salir el sol.

Después de haber pasado una buena noche á bordo, la primera desde mucho tiempo atrás, se disponía Pierre á izar el mástil y largar la vela, cuando de pronto no pudo reprimir un terrible juramento.

Una línea negra de piraguas, tripuladas por más de doscientos papus, formaban delante de la bahía un semicírculo amenazador, y un número igual de guerreros armados de piés á cabeza tornaban por la parte de tierra la segunda mitad de la circunferencia.

Los tres naufragos estaban bloqueados por todas partes.

CAPÍTULO VII.

Bloqueo forzado. — Lo que Pierre le Gall entendía por « juego de bolos », — Terribles, pero justas represalias. — Hidrófobo en la tierra, pero hidrómano en el mar. — Uso que los capitanes hacen de las granadas. — Buen canón. — Suevo arceife. — Una « atolón ». — Flora y fauna de una isla de coral. — El mundo acústico. — Primer momento de felicidad desde la salida del infierno de los tentáculos. — En el escollo. — Esperando á que la tortuga esté cocida. — Asómbrós del marineró beiton. — Teorías relativas á la formación de las atolóns, barreras y franjas de coral.

El torrente de juramentos que empezó Pierre á expectorar se convirtió al poco rato en un acceso de hilaridad sin límites.

— ¡Hola ! ; Cómo vamos á reinos, angelitos de piel negra ! Esperad un poco, devoradores de gente, voy á servir os un plato de mi cocina particular. Ya sé que tenéis buen diente. Ahora veremos si sois capaces de digerir esto.

En seguida, dirigiéndose al chino y á Friquet, les dijo:

— ¡ Arriba todo el mundo ! Cada cual á su puesto para aparejar.

Friquet, que conocía los infinitos recursos que guardaba el marino en reserva, desplegó la botavara, izó el palo después de haberla convergado, y con la escota en la mano esperó nuevas órdenes. La piragua no tenía timón ; Pierre se colocó á popa, poniendo á sus piés aquel saco cuyo contenido había excitado su curiosidad el día ántes en el casco del *Lao-Tseu*, y empujó un largo pegay que había de servirle de timón.

— ¿ Está todo dispuesto ?

— ¡ Todo ! — respondió Friquet rápidamente.

— ¡ Adelante ! ...

La vela, henchida por el soplo de la brisa, hizo inclinarse á la embarcación graciosamente, la cual abría con su proa las ondas verdes del arroyo, en tanto que su popa señalaba un blanco surco de espuma.

— ¿ Tienes todavía el eslabón, hijo mío ?

— Sí, con el pedernal y la mecha.

— Bueno. Golpea y enciéndela.

— Ya está.

— Ahora dánela y déjame hacer. Gobernaré para seguir en línea recta. Si me dejan pasar, no digo nada. Pero si tratan de acercarse, ¡ tanto peor ! Á la guerra contestaré con la guerra. Tú prepara las armas, y mientras que yo me las entiendo con los pongos, te encargas de enviarles algunas balas de buen calibre para que se diviertan. Déjales que empiecen.

Era un espectáculo extraño y terrible el aspecto de aquella esquadrilla colocada en un órden perfecto á unos cincuenta metros, y tripulada por una horda de asquerosos salvajes que esperaban con el brazo levantado y armados de hachas, piedras y lanzas. Callaban, pero aquel silencio feroz imponía más aún que sus habituales clamores.

Se necesitaba un valor á toda prueba para lanzarse con tal sangre fría hacia aquella línea lóbrega, semejante á la garganta de un inmenso animal apocalíptico.

Pierre le Gall se sonreía. Friquet, armado con una carabina, tenía la gorra colada hasta los ojos, á fin de

que la visera le protegiera contra los rayos del sol. El pobre Victor temblaba de miedo, acurrucado detrás del parisiense. No distaba la embarcación más que unos treinta metros de los papus, cuando una piedra pasó silbando junto á la cabeza del capitán.

Aquello fué una señal. Las piraguas de los extremos del semicírculo se pusieron en marcha como para rodear á los europeos. En seguida oyéronse aullidos horribles, y las piedras comenzaron á caer como lluvia en torno de los tres amigos. Tarea inútil, porque se habían resguardado convenientemente detrás de las bordas, dispuestos á contestar en tiempo oportuno.

Pierre ejecutó entónces una maniobra rara. Introducir la mano en el falgó, sacar de él una bola del tamaño de una naranja gruesa y acercarla á la mecha ardiendo, fué obra de un minuto.

— ¡ Ah ! ; Queréis degollarlos, buenos mozos ! — gritó con voz estentórea. — ¡ Pues bien ! ; Verémos quién puede más ! ; Voy á encañaros á jugar á los bolos !

Al decir esto, lanzó con toda su fuerza el proyectil que tenía en la mano. Un pequeño penacho de humo le acompañó en su carrera hasta que cayó en la piragua más próxima, de la derecha. Al mismo tiempo hacia fuego Friquet sobre la de la izquierda. Con un intervalo de pocos segundos sonaron dos detonaciones : una seca, estridente, seguida de un silbido ; otra sorda, como ahogada, se produjo en la embarcación enemiga.

En el acto se levantó una espesa humareda blanca, pero no tan pronto que no pudiera verse el casco de madera horriblemente destrozada y los cuatro hombres que le tripulaban precipitándose en el mar, muertos ó gravemente heridos.

— ¡ Diablos ! — exclamó el parisiense. Ese es una granada.

— ... Y bien madura, ¿ no es verdad ? ; Mira, parisiense, nunca labrás arrojado manzanas de ese calibre á los cantantes que daban « gallos » en la escena. ¡ Otra ! ; ... ¡ Van dos ! ; Fuego ! ; Mil rayos ! ; Fuego por adelantadas ó nos cogen !

Los gritos de rabia y de dolor alcanzaban una intensidad inaudita. Los cantos de batalla y las piedras de todas clases llovían que era una bendición ; pero los tiros mal dirigidos de los asaltantes no podían dar á los franceses ni el chinito, resguardados en el fondo de la canoa.

Tantas amonazanas tiró Pierre y con tal tino, que no tardó en abrir mucha brecha en aquel reducto movable.

— ¡ Ea, morenillos, me parece que ya tenéis bastante ! ; Dejadnos ir á nuestros negocios y volved á vuestras casas ! Oye, marineró, tú sabes lo que es una serviola, ¿ no es verdad ?

— Sí.

— Pues sirvete de tu carabina y atrápsame al primero que se acerque.

La recomendación era inútil. Los pongos tenían bastante por aquella vez. Estaban derrotados, y sus pérdidas de hombres y de embarcaciones eran considerables. Gran número de torsos de ébano flotaba so-

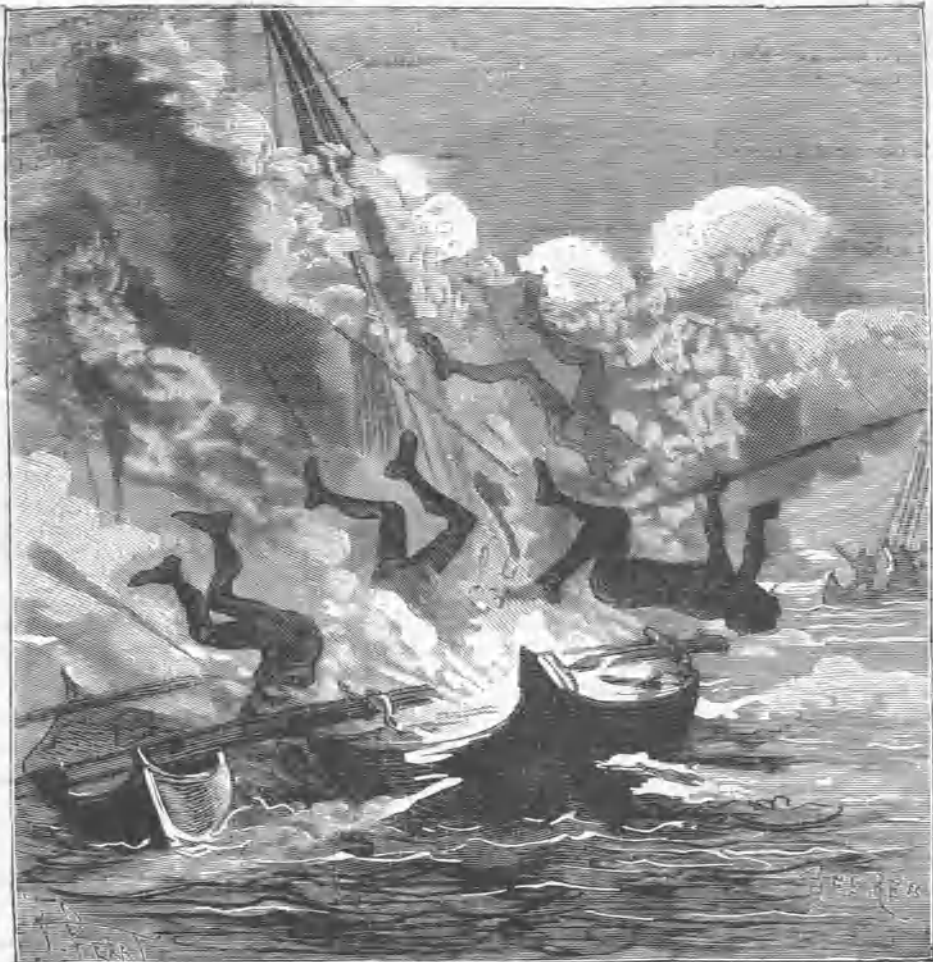
bre las olas, mezclados con trozos de madera, fragmentos de mástiles y jirones de lona.

La obra de devastación era completa.

—Á fe mía — dijo Pierre le Gall en el momento en que la piragua, impulsada por la vela semejante á un ave marina, se deslizaba sobre las olas — no hemos

ido á buscarles. Allá se las entiendan ellos. Yo me lavo las manos como el difunto Poncio-Pilatos. ¿Qué te parece, marinero?

—Creo que estaríamos cogidos, asados y tragados si no hubieras tenido la idea de sacar del buque el talgo misterioso.



Los cuatro hombres que le tripaban precipitándose en el mar...

—Pero se me ocurre una idea. ¿Para qué tendrían esos juguetes los bribones del *Lao-Tseu*?

—¡Cómo! ¿No lo sabes tú, que conoces tantas cosas?

—No lo sé.

—Los barcos que sirven para trasportar colies van provistos generalmente de algunos obuses que están siempre cargados con metralla y dispuestos en el entrepuente, á fin de utilizarlos en caso de sublevación. Cuando los hijos del Celeste Imperio empiezan á entrar en movimiento y á romper puertas y tabi-

ques, con una señal se deslizan varios de éstos sobre ranuras y dejan sitio suficiente para que pasen los botes de metralla. Los buques que no están armados así llevan un surtido de granadas que se arrojan desde las aberturas de las escotillas. El resultado es seguro.

—Dirás que es feroz, aunque expeditivo.

—¡Ah! ¡Caramba!...

—¿Qué sucede?

—No tenemos agua.

—¿Es verdad?

—Por desgracia. Si estuviese en tierra, cerca de la tía Bigornean ó de Lorient, no me inquietaría por la falta de ese enfiablado cobertorio de ranas. Pero aquí, cuando vamos á largarnos á alta mar, la cosa es muy grave.

—¿Cómo! ¿Desprecias esos treinta y tantos cocos, cada uno de los cuales contiene más de medio litro, y esos dos tonelitos cuya capacidad es seguramente de nueve litros ó diez?

—¡Tonelitos! ¿Dónde diablos están?

—¡Ahí, á nuestra vista! Son de fabricación indígena, sin duelas ni aros, y se componen del trozo de una caña de bambú comprendido entre dos nudos, muy bien cortados con las hachas de piedra de esos indios á quienes acabamos de abandonar.

— Tanto mejor. Eso me tranquiliza: porque, mira, te confieso que prefiero estar cuatro días sin una nájaga de galleta á vivir doce horas sin beber! ¡Ea, avante y gobierna al Sudeste!

La piragua de los papús, bien sostenida por su gema, que le servía de balancín, navegaba en plena mar. Con la vela sola podía marchar rápidamente y los pagayos permanecían quietos, en la previsión de que sobreviniere alguna calma eléctrica. Pierre se orientó con auxilio de su diminuta brújula, marcó el rumbo en el trozo de mapa que tenía, y confiando en el porvenir, encendió su pipa.

Gracias á la brisa, se hacía soportable el calor, y aquel primer día pasó como si se tratase de una partida de recreo. Al llegar la noche, y para colmo de felicidad, apareció la luna iluminando bastante para guiar el camino del ligero esquife.

Aunque en el mapa no había ningún esquiife señalado, Pierre y Fiquet sabían que la hidrografía de aquella parte del Océano se halla muy incompleta y bendecían la presencia de nuestro satélite, cuyos pálidos resplandores se reflejaban en las tranquilas ondas.

Habían moderado la velocidad de la piragua y lo hicieron oportunamente, pues al cabo de veinticuatro horas de navegación, y en el momento en que el sol salía, oyeron á proa el rugido de una catarrata.

—¡Hola! — exclamó Pierre. — ¿En dónde estamos? Me parece que no hemos hecho falsa ruta. El mar nada indico, y sin embargo oímos que el mar rompe á menos de una milla. Según la estima media, nos encontramos á unas cuarenta y cinco millas de la isla del Dogiello, y puesto que la aguja imantada me dice que hacemos buen rumbo, es sin duda que estamos delante de un escollo desconocido. El mejor sistema de evitar un arrecife con una cáscara de nuez como la nuestra, que se puede parar cuando se quiera, es gobernar hácia arriba.

Para mayor precaución, y teniendo Pierre la presencia de alguna corriente que hubiera podido arrastrar á la embarcación hácia la costa, tomó un pagayo, lo bautizó Fiquet, y después de una boga vigorosa llegaron á una tierra extraña cuyo aspecto hizo prorumpir al parisiense en gritos de alegría.

El minúsculo continente es una atola, una de esas islas de coral tan admirablemente descritas por el ilustre Darwin, que se extienden en forma de círculo

en torno de una laguna interior. Excepto una imperceptible faja de blanca y fina arena que rodea el borde, aquel islote está enteramente compuesto de una masa coralina. De igual modo que la isla de Woodlark, está circuida por una especie de reborde exterior, también de coral, que detiene y quebranta los embates del mar. La vegetación es monótona y sólo crecen escasos individuos arbóreos. Es menester el clima de las regiones tropicales para producir el fenómeno de una vegetación vigorosa en un terreno calcinado y pedregoso. El eterno ecóetero, el árbol por excelencia de las islas de coral, eleva su elegantísima silueta sobre las demás variedades sembradas por las olas en aquel refugio de desheredados.

Por la parte del viento lleva la resaca plantas y semillas. Jaboneros, higueras infernales, dragoneos, viñas virgenes arraucadas por el tifón en los grandes continentes asiáticos, van á parar allí y también los humildes granos como los gigantes el teck, los cedros, rojos ó blancos y hasta los gomeros azules de Australia, todos en perfecto estado de conservación. Se cree que, dada la dirección de los vientos y de las corrientes, esos vegetales son empujados por el monzon del Noroeste hasta las costas del continente australiano y vueltos á impulsar por los alisios del Sudeste. Ciertos granos no resisten una inmersión tan prolongada; pero si los más delicados perecen, en cambio sobreviven los más robustos con toda su potencia germinadora, como lo prueban los vegetales que cubren la mayor parte de las islas de coral.

Se encuentran pocos animales terrestres: algunos lagartos, numerosas arañas y cantilades inmensas de esas hormigas locas que corren aturdidas, formando zig-zag en ángulo recto. Por todas partes se ven variedades de crustáceos paseando gravemente sus caparazones, y luego una legión de aves marinas: plangas de pico dentellado, gaviotas, golondrinas de mar que giran, revolotean, chillan y hunden sus cabezas en las aguas. Pero si aquel suelo, cuya delgada capa de humus, formada por escasos restos orgánicos y atravesada por su calcárea arcaica, está casi desierto, en cambio abunda la vida en el elemento líquido. No hay rincón alguno donde no se agiten peces admirables de brillantísimos colores, nígrita que no esté tapizada por espléndidos zoófitos.

Y es tal la transparencia del agua, que la vista puede llegar hasta el fondo sólido formado por las malezas del bosque pétreo. Innumerables peces, atraídos por la proximidad de la costa, van y vienen rápidamente, corriendo, persiguiéndose, se cruzan, huyen, se devoran, y no hay espectáculo más singular que el de aquel brillante desfile de comparsas con coronas de oro y plata, sobrevestas de terciopelo sembradas de gemas, llenos de escamas de hierro, arizados de espaldas, bigotudos como ungüeros, oscuros, tornasolados, largos, delgadísimos, redondos, planos, estrechos, grotescos ó terribles, que maniobran pasando sus colorines, sus cascos óseos, sus anillos desvenclados, sus caparazones abigarrados ó sus sombrías libreas. Ballestas de negruzcos tintas, malos maladores confinados en la orilla, quetodones (*Klippeisch*, pez de roca de los holandeses) con anillos de ébano,

de púrpura, de rosa y de azul sobre fondo de oro y plata, y en cuyas escamas se refractan como en prismas los rayos luminosos; giraldas rojas, cuya cubierta escarlata está ceñida por una faja de oro; nueves plateadas semejantes á lunas salpicadas de puntos negros; pyropédas fosforescentes que cruzan las profundas cavernas, dejando en pos rastros de luz; pavos reales de mar, cuyas escamas rivalizan en colores y en frescura con las de los pavos reales terrestres; glilisondotes, con aletas natatorias de púrpura inestadas en un cuerpo de azul, germones con bandas de un metro de largo, encerrados en una coraza de acero, toxotes-arquerós, notables por su habilidad en proyectar con la boca, y á más de un metro de altura en el aire, una gota de agua, que pocas veces deja de tocar al insecto á quien ya dirigida; acantúros quirúrgicos, de cuerpo estriado, como la zebra, provistos en la cola de dos temibles dardos, que producen heridas muy dolorosas; holocentros, llamados *carduales* por los franceses y *hombres rojos* por los ingleses; anabas, rarísimos entre todos por la propiedad que tienen de poder abandonar por algun tiempo el elemento líquido, llevando una provision de agua, y de saltar á las plantas, ayudándose con sus escamas y con sus espinas; kurtés-cornus, de escamillas diminutas, casi invisibles, con el cuerpo trasparente, verdadero fenómeno zoológico; scolopedos aprisionados en un mosaico de anchas placas escamosas; priacantos de ojos saltones; scorpenos asquerosos, erizados de espinas venenosas, que vulgarmente se llaman esmerzoes de mar, diablitos marinos. Por último, un ejército de esos pequeños tiburones de aletas negras, ándaces, devoradores, siempre en acecho, y cuya especie pulula en las cercanías de Nueva Guinea.

Los tres amigos contemplaban aquel espectáculo llenos de asombro, y si no continuaron admirándole fué por sus preocupaciones del momento. En cuanto se verificó el desembarco, y así que amarraron sólidamente la jiragua, saltaron al arrecife y emprendieron esas ocupaciones habituales á todos los naufragos, que son: elegir un sitio para acampar próximo al agua dulce y donde haya madera, siempre cerca de la costa. Esta primera parte del programa se ejecutó con una suerte á que ninguno estaba acostumbrado desde su salida de Macao, pues no solamente encontraron un emplazamiento á su gusto, sino tambien agua dulce en abundancia. Aquella agua, procedente de lluvia, estaba conservada en las cavidades formadas por el coral y cubiertas por tupidas hierbas que habian evitado la evaporación.

Al punto empezó á reinar la alegría en la stoba, esa alegría francesa que celebra con carcajadas un instante de felicidad, se burla graciosamente de los días tristes, se acomoda á todo y á todos, y opone á las fúlguras aconciadas de la muerte una chistosa bravata. El chino Victor, aun cuando era taciturno de por sí, como lo son generalmente sus compatriotas, comenzó á participar de aquella alegría desde que fué declarado hijo adoptivo de Francia.

Pierre le Gall, el sibarita, tendido cómodamente en una blanda capa de hojas de palmera, saboreaba como un bendito las delicias de la posición horizon-

tal, sin dejar por eso de atender á la coccion de una enorme tortuga que se asaba poco á poco dentro de su concha. De vez en cuando, y sin distraerse de su ocupacion, interpellaba á Fiquet, apelando á los conocimientos de su amigo.

—Es decir, marinero, que estamos en una tierra que no puede considerarse como tal.

—Así es, si das ese nombre á las diferentes capas que componen los terrenos ordinarios y que contienen todos los minerales y todos los tipos geológicos.

—Es muy chistoso. Me lo habian dicho muchas veces algunos buenos mozos del castillo de proa, de esos que cuentan historias, pero nunca lo creí, porque ya sabes tú que se dicen mil embustes.

—Es verdad. Ahora puedes tú mismo comprobarlo, pues nos llamamos en un banco de coral.

—¿Es este el coral que los joyeros preparan en adornos de treinta y seis maneras y que las elegantes de todos los paises llevan en las orejas, en el cuello, en los brazos y hasta en la nariz?

—Precisamente el mismo.

—Es muy extraño, ¿Y como crece esto en el fondo del agua, hijo mío?

—En ese punto no estoy muy fuerte. Andrés me dió un libro escrito por un sabio inglés que se llama Darwin...

—;Siempre un inglés!

—Desgraciadamente empezaron nuestras desgracias cuando me preparaba á estudiar. Todo lo que puedo decirte es que esos animalitos, agrupados en cantidades innumerables, producen esta materia pétreá, encarnada, casi de un modo parecido al de la ostra que segrega su concha, y que por su inmenso número y por su incesante trabajo llegan á obstruir algunos mares.

Pierre le Gall bajó la cabeza como si se entregase á un cálculo muy laborioso, murmurando:

—¡Extraordinario!... ¡Maravilloso!

Luego calló, sumiéndose de nuevo en sus meditaciones.

Era una lástima que el parisiense, cuya prodigiosa memoria conservaba con tanta fidelidad todo lo que se le confiaba, no hubiese podido emprender aquel estudio lleno de atractivos. Es indudable que con su manera de decir fácil y pintoresca, con sus metáforas sencillas y juicios, habria hecho á su amigo una interesante disertacion sobre los infinitamente pequeños que realizan el infinitamente grande.

Tambien habria podido describirle la profunda impresion causada en el ilustre naturalista inglés, gloria de la ciencia contemporánea, por el imponente espectáculo de los atolos con aquellos elegantes cocoteros; aquellas líneas de arbustos y plantas de hermosos colores verdes, aquel ancho márgen, especie de barrera infranqueable, sembrada de bloques esparcidos, y, por último, aquella franja de olas espumosas que se lanzan al asalto contra los arrecifes.

En afecto, el Océano, como invencible y poderoso enemigo, lanza sus olas, cuya masa impetuosa deshace los diques construidos por los hombres, tritura los acantilados de la roca, mina el pié de las monta-

ñas, y es rechazado y vencido por los medios más elementales.

Y no es que perdona á las rocas de coral, cuyos gigantes trozos, arrojados á distancia, demuestran el poder del mar. Su feroz acometida se perpetúa sin tregua ni descanso. El oleaje, ese oleaje sin fin del Océano Pacífico, empujado por la surge y constante influencia de los vientos alisios, que siempre soplan en la misma dirección en aquel inmenso espacio, levanta el agua á alturas iguales á las que producen las tempestades de nuestras zonas templadas. Por un extraño fenómeno, esas humildes orillas resultan victoriosas cuando al ver la incansable furia de las olas, se adquiere el convencimiento de que una isla formada de la roca más dura, de pórfido, de cuarzo ó de granito, sería destruida por su terrible esfuerzo.

Lo que sucede es que contra ese continuo trabajo de desorganización, lucha una potencia reparadora. La fuerza orgánica, representada en este caso por el pólipo, se apodera uno á uno de los átomos de carbonato de cal contenidos en el agua; separa esos átomos de la hirviente espuma, y los une en estructura simétrica. ¿Qué importa las enormes rocas que la tempestad arranca á millares de las barreras coralinas! ¿Qué importa su ciega fuerza contra el trabajo de miles de millones de arquitectos que trabajan día y noche! El cuerpo blando y gelatinoso de un humilde pólipo consigue vencer, mediante la acción de las fuerzas vitales, al poder inmenso de las olas del Océano, ante el cual no podrían resistir ni el arte del hombre, ni las obras inanimadas de la Naturaleza.

Un grueso volumen sería insuficiente para describir esos ingeniosos ó incansables obreros, su organización, sus costumbres, su nacimiento, su vida y su muerte.

Esos escollos que hoy obstruyan en centenares de miles de kilómetros cuadrados las líquidas llanuras del Pacífico, y que el gran naturalista divide en tres clases: atolos, barreras y franjas de coral, han excitado en todo tiempo el asombro de la mayor parte de los navegantes que cruzaron el Gran Océano. Ya en el año 1605, Pyrard de Laval exclamaba: «Es una maravilla el ver cada una de esas lagunas, que en lengua india se llaman atolos, rodeada de un gran banco de piedra y sin ningún artificio humano.»

Los primeros viajeros imaginaron que los pólipos de coral edificaban por instinto esos grandes círculos para protegerse en la laguna interior. Pero, como dice Darwin, las especies marizas, cuyo crecimiento en los bordes exteriores garantiza la existencia de los arrecifes, no pueden vivir en las aguas tranquilas del interior del atolo, donde otros corales delicadamente ramificados pueden desplegarse á su placer. En este caso sería preciso suponer que esas especies, de familia y de género distintos, se hubiesen concertado para un interés común; pero la Naturaleza no ofrece ejemplo alguno de tal combinación.

La teoría mejor aceptada fué la de que los atolos están fundados sobre cráteres submarinos. Pero la extensión de algunos, su forma, su número y su posición respecto de otros, se oponen á tal hipótesis.

Chamisso, en la relación del viaje que hizo al re-

dedor del mundo en 1815 con el capitán ruso Krusenstern y el hijo del famoso Kotzebue, formuló otra opinión.

Segun él, como el crecimiento de los corales es tanto más vigoroso cuanto más expuestos se hallan al flujo y al reflujo, los del borde exterior son los primeros que se elevan de la fundación común y determinan la forma circular del arrecife. Chamisso, de igual modo que los inventores de la teoría de los cráteres, ha omitido una importante consideración, y es la de que los zoófitos coralinos (como lo han demostrado numerosos sondeos) no podrían vivir ni construir á treinta metros de profundidad. ¿En qué bases hubieran podido fundar loscimientos de sus indestructibles edificios?

No puede admitirse el supuesto de que en aquellos mares insondables, á tan largas distancias de un continente, allí donde las aguas son tan claras, se hayan agrupado las arenas de una manera irregular, ó se hayan extendido en líneas de centenares de leguas para preparar las fundaciones de los pólipos. Tampoco es aceptable la hipótesis de que á través de aquellos espacios inmensos surjan volcanes para detenerse precisamente á veinte ó treinta metros de la superficie de las aguas para permitir á los pólipos que se establezcan en sus cráteres. Ahora bien, si los cimientos donde el coral levantó sus atolos no están constituidos por depósitos de arena, y si para llegar á la altura necesaria tampoco ha podido levantarse el fondo, es preciso que haya bajado. Esta es la única solución probable.

«Por eso, afirma Darwin, montañas tras de montañas, islas tras de islas, han descendido lentamente bajo la acción de las aguas, ofreciendo de un modo sucesivo nuevas bases para el establecimiento de los corales. Me atrevería á desafiar á quien quisiera explicar los hechos de otra manera: hallándose todas las islas á flor de agua, y todas construídas por pólipos de coral, han necesitado una base situada á la misma profundidad.»

Esas barreras protectoras que rodean á las islas ó se extienden delante de las orillas de un continente, están separadas de la tierra por un canal ancho y bastante profundo, semejante á la laguna interior del atolo.

La limpieza y la tranquilidad de aquellas aguas es muy característica, como lo prueba el canal que baba el espacio comprendido entre el cinturón, por decirlo así, de la isla Bora-Bora y la isla propiamente tal.

Esos cinturones coralinos tienen diversas extensiones. El que se encuentra frente á la Nueva Caledonia y la rodea en sus dos extremos, no tiene ménos de 130 á 150 leguas.

El arrecife desciende en suave cuesta y en talud muy inclinado por la parte interior, es decir, hacia el canal interior, mientras que en el exterior parece cortarlo á pie como una muralla escarpada de doscientos ó trescientos pies.

Es muy singular la construcción de esas islas que se elevan como fortalezas sobre una alta montaña, protegida por un colosal baluarte de rocas coralinas, siempre escarpado por la parte de fuera, cuyo vértice

termina en una ancha plataforma, y cuya base se encuentra perforada de trecho en trecho por aberturas que dan paso á los buques de más porte.

Das palabras todavía para terminar esta digresión, demasiado corta respecto de la importancia del motivo. Ninguna teoría que no explique las barreras, las franjas y los atolos puede ser aceptada. Por esto ha llegado Darwin á creer en el descenso de vastos espacios sembrados de islas que no se elevan por encima de la altura á que el viento y las olas pueden acumular los detritos, y que sin embargo están construidas por los pólipos, que necesitan para asentar sus edificios una profundidad determinada. Supone que una isla rodeada de arrecifes se hunde insensiblemente ó de pronto cierto número de pies.

Las masas de corales vivos bañados por la resaca del mar, excitados por el choque violento de las olas que los llevan su nutrición, llegarán pronto á la superficie.

Como el agua continúa corroyendo poco á poco la orilla, y la isla sigue bajando y estrechándose más y más, el espacio entre ella y el arrecife se ensanchará constantemente, el canal se hará mayor y será más ó ménos profundo en razon del descenso del terreno, de la acumulación del sedimento y de la potencia vital de los corales de ramas delicadas, los únicos que pueden vivir en las lagunas.

Esta es la causa de que los arrecifes conserven, á pesar de la distancia, la forma de las orillas que les han servido de moldes.

Esta es la causa de que la franja de los arrecifes se trueque en una barrera que á veces dista quince leguas de las orillas que circunscribe.

Si en lugar de una isla es un continente que baja, el resultado es idéntico, pero en mayores proporciones. Las montañas se convierten poco á poco en islas rodeadas á lo lejos por la barrera que, al desaparecer sus cumbres, se cambia en un atol rodeando á una laguna inmensa. Si se tira en sentido perpendicular á la arista saliente de los nuevos arrecifes una línea que llegue á los fundamentos de las rocas que sostienen la antigua franja, se verá que esa línea pasa de los reducidos límites en que pueden vivir los corales, precisamente el número de pies que han descendido las tierras.

Los diminutos arquitectos han edificado sobre la base formada por los corales primitivos y sus fragmentos consolidados, á medida que bajaba la primera fundación.

CAPÍTULO VIII.

Página sombría de la historia de Triquet y de Pierre le Gall. — Guardia de bandidos. — Lucha enrevesada y victoria alcanzada á mucha costa. — Á los cuatro días de navegación. — Las *ce* continúan desespejando al chíbito. — La Sirena (Jules) ó Papoasia. — La isla mayor del mundo después de la Australia. — Montañas y riboneros. — Esplendores vegetales. — El primer tiro de Pierre le Gall. — Un usado oportunísimo. — El Kangurio. — Preparativos para un largo viaje. — Marina inalterable. — El árbol del sagú.

— ¿En qué piensas, marinero? — preguntó Pierre le Gall, que, saliendo de su mutismo, producido por

los efluvios embalsamados que exhalaba la tortuga, vió á su amigo sumido en un silencio profundo.

El parisiense dió un salto como si oyese una voz extraña.

Después de esta rápida manifestación, de una emoción pasajera, repuso en voz lenta y grave que contrastaba con su habitual jovialidad:

— No es la primera vez que pongo mi planta en una isla de coral, en un atol, y nuestra estancia aquí trae á mi memoria el recuerdo de una época dramática de mi vida, tan tormentosa por cierto. Todavía no hace tres años que las gritas de un arrecife análogo á éste fueron teatro de una lucha terrible. La valerosa tripulación de un crucero francés, que acababa de perseguir sin tregua ni descanso á bandidos misteriosos, consiguió arrinconarlos en su guarida.... un atol situado á los 143° de longitud Este, meridiano de París, y 12° 22' de latitud Sur. Es decir, á ménos de ciento ochenta leguas de aquí....

— Mi barco.... ¡ *L'Eclair!* — exclamó Pierre con voz ahogada. — El comandante de Volpreux.... mi oficial....

— ¿También te acuerdas tú, mi buen amigo? Esos recuerdos dejan una impresión indeleble.

— ¡ Truenos! ¿Fué una cosa terrible!

— Aquellos enemigos de la sociedad, á quienes siempre hemos conocido con el nombre de *Bandidos del mar*: ...

— Muy bien llamados....

— Resistieron como furiosos. Si aquellos condenados hubieran defendido una buena causa, serian héroes. Los puntos color de rosa de la vegetación submarina se tuvieron de púrpura aquel día, y el nombre de *Espuma de sangre* dado al coral de matiz más vivo, no fué una imagen, sino una triste realidad. ¡Qué encarnizamiento! ¡qué furor homicida! ¡qué carnicería! ¿Te acuerdas, Pierre, el terrible fuego con que íbamos recibidos en aquel corredor cuando avanzábamos acerastrando guiados por Majestad? Aquellos truenos repetidos por las cavidades de la gruta, aquellos relámpagos que rasgaban las tinieblas, aquellos silbidos, aquellos pedazos de roca arrojados por las badas, aquellos gritos de los moribundos....

— Sí, me acuerdo. ¿Quién podría olvidarlo? Luégo quedamos vencedores, pero no sin trabajo.... Además, aquellos eran tiempos mejores.

— ¡Oh, sí, mucho mejores, con el buen doctor, el excelente señor André, mi padre y mi hermano adoptivo!....

— Todos al mando de M. de Valpreux, el marino más arrojado que yo he visto.

— Me parece que estoy viendo aquella escena inverosímil, y sin embargo verdadera, con que terminó la expedición. El capitán de los piratas, de pie en medio del vasto salón abovedado recubierto por los corales, que despedían rojas luces iluminados por el farol eléctrico.... levantando su carabina.... y luégo, apuntando á la espesa placa de vidrio incrustada en el fondo del atol, y gritando con voz de trueno: «¡ Esta es la tumba de los bandidos del mar! », disparó. El vidrio voló hecho pedazos. El agua se preci-

pitó en la gruta, arrastrando á muertos y á heridos, á amigos y á enemigos.... En seguida los cuatro puntos del clarín.... ¡ En retirada !

— Es cierto, en retirada; pero después de la victoria. Vamos á ver, Friquet, hijo mío, me parece que te vas á pique. En cuanto los piqueos quedaron

vencidos, el señor André se convirtió en marinero del comandante; tú lo fuiste mío, y todo el mundo estuvo contento. Para ser pasajeros en un buque de guerra, trabajasteis como unos valientes. Sin vosotros no se hubiera hecho nada.

— No me he «ido á pique» como crees. Pero no



— ¿ En qué piensas, marinero ?

puedo evitar el recordar seriamente una cosa tan grave, y, ¿ para qué ocultarlo? tengo el presentimiento de que no hemos aniquilado completamente á nuestros enemigos. Aquella asociación de corsarios tenía ramificaciones demasiado extensas, y su organización era harto completa para que haya podido desaparecer de un golpe.

— ¿ Cómo ! ¿ Acaso aquel endiablado buque que podía transformarse á voluntad en fragata ó en goleta; que marchaba sin vapor con una máquina de magia; que ocultaba su artillería de grueso calibre de modo que podía tomársele por un barco pescador

de bacalao, no se ha ido á pique delante de nosotros, precisamente en medio de este atol, como tú le llamas ?

— Se hundió á nuestra vista. ¿ Pero fué por causa de avería ? Lo dudo. ¿ Quién te asegura que aquel admirable producto de la ciencia contemporánea no sea susceptible de una transformación nueva, hasta el punto de convertirle en barco submarino ? ¿ Quién sabe si habrá salido de su asilo impenetrable más fuerte, más temible que nunca, y si continuará barriendo los mares ?

(Se continuará.)

LA VIUDA,

NOVELA DE OCTAVIO FEUILLET, DE LA ACADEMIA FRANCESA.

TRADUCCION DE ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO.

Instantáneamente se abrió la puerta, y se presentó Mme. de Combalen, seguida de dos criados. Vió con estupor á su sobrina de pié, con los cabellos desordenados y el rostro demudado, y, en un rincón, á su hijo descolorido, mudo y humillado.

—Tía — dijo la jóven — á vos solamente deseo hablar.

Los criados se retiraron.

—Tía — prosiguió Mme. de La Pave — vuestro hijo acaba de conducirse conmigo como pudiera haberlo hecho con la última de mis sirvientas.... Jamas seré mi marido un hombre capaz de semejantes indignidades, ¡jamás!.... Ni una palabra más, tía; os juro que todo será inútil. Teneis que hacer preparativos.... Os dejaré para ello todo el tiempo que necesitéis; pero desde este momento no es posible que vivamos juntos.... Yo voy á instalarme por dos dias en Alençon en casa de mis primos.

Habiendo hablado de esta manera, ordenó sus cabellos precipitadamente, atravesó el salon con irragónico orgullo, y salió.

Tres cuartos de hora despues, negándose nuevamente á toda comunicacion con su tía, subió en su *lambau* y partió para Alençon.

A consecuencia del interrogatorio detallado que Mme. Combalen obligó á sufrir á su hijo, no dejó de sospechar que este gran libertino, inocente, habia caído en un lazo tendido por una alicia superior, y que Mme. de La Pave habia premeditado que su futuro la faltase al respeto, á fin de desligarse de un casamiento que no le agradaba. La madre de Gerardo no tuvo mucho que trabajar para establecer una relacion directa entre este improvisado rompimiento y la aparicion reciente del comandante de Fremense, hácia el cual habia siempre sospechado que su sobrina tenia una fuerte inclinacion. Si alguna cosa podia añadir al horror de un golpe que heria á Mme. de Combalen, era el pensamiento de que esta catástrofe que destruyia todas sus esperanzas iba á recaer visiblemente en provecho de su vecina y de su rival detestada, Mme. de Fremense. A pesar de todo, se guardó escrupulosamente de dejar penetrar sus sospechas delante de su hijo, comprendiendo demasiado que una palabra imprudente podia lanzar á este jóven humillado y exasperado á la presencia de un adversario temible. No le quedaba más partido que devorar su rabia en silencio, y se apresuró á hacer todos sus preparativos de marcha y dejó el castillo al dia siguiente por la tarde.

IX.

Habian trascurrido cerca de ocho dias, y el co-

mandante de Fremense meditaba sobre los incidentes de su paseo con Mme. de La Pave y comentaba silenciosamente todos los pormenores de su conversacion, un tanto admirado de no oír ya hablar de su vecina, descontento de ella y descontento de él mismo, cuando una mañana se esparcieron rumores extraños en la vecindad, que se referian á escenas terribles que habian acaecido entre Mme. de La Pave y su prometido; se habia manifestado una incompatibilidad absoluta de caracteres; en suma, ella le habia despedido y el casamiento estaba roto. Los acontecimientos se habian precipitado de tal manera, que se supo al mismo tiempo en el Priorato la fuga de Mme. de La Pave á casa de sus parientes de Alençon y su regreso definitivo á su castillo despues de la ausencia de los Combalen.

Estas nuevas sumergieron á Mme. de Fremense en un éxtasis de pura alegría, pues la libertaban de todas sus inquietudes y la devolvian todas sus esperanzas. Sin embargo, su hijo se encontraba preocupado por la incertidumbre, aun cuando predominase en su ánimo la satisfaccion.

—No dudo — dijo á su madre — que esto será simplemente un retardo, una dilacion, y que la jóven viuda acaso vuelva á casarse algun dia; pero al ménos no lo verificará tan pronto, y ademas se puede esperar que haga una eleccion más acertada. Existia algo de penoso al ver á esta jóven tan distinguida y tan delicada caer en poder de un bruto. Esto tenia todas las semejanzas de un sueno doloroso.

Habia desde este momento una cosa que se imponia á Mauricio: Mme. de La Pave, despues de haber tomado esta grave determinacion, que ésta sabia deber agradarle y á la cual tal vez no era extraño, debia esperar de él algunas palabras de simpatía y de felicitacion; quiso llevarlas sin tardanza, y pasó el mismo dia al castillo.

—¡Ah! — dijo Mariana naturalmente, levantándose. — ¡Qué amabilidad! Os anticipais, pues os estaba escribiendo.

Y cuando se vieron solos, tocándole el brazo ligeramente y dirigiendo hácia él su preciosa cabeza,

—Y bien — dijo Mariana — ¿estais contento?

—Muy contento, y soy muy dichoso — respondió el comandante sonriendo — y muy reconocido, si en algo he podido intervenir.

—En todo — repuso Mme. de La Pave con energía.

Despues, sentándose y mostrando á Mauricio un asiento,

— Sentaos aquí.

Recogióse un poco, suspiró holgadamente y prosiguió:

—Caballero, yo deseo que me conozcáis bien.... Como todas las mujeres, puedo ser en ciertos momentos muy disimulada y hasta muy páfida. Mi desgraciado primo acaba de dar de ello una prueba.... pero en general soy franca y recta.... ya lo sabéis. Vais á saberlo todavía mejor. Escuchadme, pues. Yo he amado á mi marido, tal vez no con toda la ternura apasionada que existía en mí, pero le he amado sinceramente; le amé vivo, le he amado muerta.... hasta el día en que me traidistéis de su parte aquella súplica, ó más bien aquella imposición.... que vos sabéis. Y la verdad, señor de Frenouse, tanto como una puede responder de sí misma, yo habría sido capaz de este sacrificio, de esta fidelidad eterna á su memoria que él me pedía. Pero tales sacrificios no tienen precio, y no tienen nada de dulce sino cuando son voluntarios. Que mi esposo haya querido imponérmelos, cargar mi conciencia, atormentar para siempre mi vida, que no se haya fado de mí, es lo que yo no le perdono.... Ohéalezo, sin embargo, su voluntad; pero sabed que lo hago únicamente por vos, porque después de haberos conocido tanto tiempo, y casi odiado, he aprendido á estimaros mucho, y porque no puedo sufrir el pensamiento de verme desestimada por vos.... os lo he hablado la verdad, la verdad pura. Ahora juzgadme como queráis y haced lo que mejor os venga en antejo. Yo siempre veré en vos un hombre deaxon.

En el momento en que acababa de hablar dos lágrimas se asomaban al traves de sus espesas pestañas, que rodaron por sus mejillas.

— Señora — respondió Mauricio — dominando con dificultad su profunda turbación — un alma apasionada como la vuestra debe comprender y perdonar todas las debilidades, todas las exaltaciones de la pasión. Perdonad, pues, á Roberto. ¿Os ha amado tanto! En cuanto á mí....

Hubo en este momento en el corazón del comandante un conflicto tal de sentimientos, que su voz se ahogó y se vió obligado á interrumpirse.

Después de una corta pausa,

— En cuanto á mí — prosiguió — por lo que me es personal, después de lo que acabais de decirme, yo no puedo más que consagrarme á vos solamente.... Procuraré, pues, con todas las véas de mi corazón ser para vos el amigo y el sostén que habeis soñado.

— Gracias — dijo la viuda, tendiéndole la mano, y esta mano tomó entónces posesión definitiva de este leal soldado.

Desde este instante, en efecto, el comandante le pertenecía, y era imposible imaginar que pudiera desprenderse de vínculos tan hábilmente y tan fuertemente tejidos, y en los cuales supo la viuda envolverle uniéndole sus ardores profundos á una intensidad de pasión que la disciplinaba; encontró el medio de que la estuviese reconocido por una obligación de generosidad y casi por un punto de honor de esta amistad que estaba tan cerca de ser amor, y de este amor que estaba tan cerca de ser un crimen.

Mauricio se encontraba, pues, desde este día empuñado en un caso singular, cuyo encanto y cuyo

peligro había presentado tan vivamente en otro tiempo. Comprendió mejor que nunca cuán difícil era sostener en los límites de la razón y del honor estas relaciones íntimas y cotidianas con una jóven cuyo contacto era por demas temible, pues madame de La Pave no era solamente una criatura dotada de una gracia ideal que evoca en la imaginación las grandes seducciones de que nos habla la historia y la poesía, y cuyos nombres han consagrado; esta mujer pertenecía á la raza fatal de Circe: poseía este género de belleza que no habla á los mejores instintos del hombre. Era una de esas magas que dejan ver en su languidez extraña, en sus formas exquisitas, en su irónica sonrisa, el secreto de amores desconocidos. Era de aquellas mujeres con las cuales no puede soportarse la idea de permanecer siendo siempre el amigo, y cuya posesión llega á ser un deseo próximo ó un amargo sentimiento que os persigue hasta la muerte.

Deseo que la fascinación de ciertas serpientes sumerge á su víctima en una especie de estupor, que, por ser mortal, no parece doloroso, y tal vez no existe sin una secreta voluptuosidad.

De la misma manera se sentía Mauricio en presencia de la jóven viuda; sentíase como presa de un encantamiento del que no quería defenderse y que le obligaba á olvidarlo todo. Desde el instante en que no respiraba ya su perfume personal, desde el punto en que ya no escuchaba la música de su voz, se quebrantaba el encanto y veía los abismos abiertos.

¿Dónde iba Mauricio? ¿Qué consecuencia, qué fin, qué salida posible hallaría en este vínculo sin nombre, todavía inocente sin duda, pero ya sospechoso ante el público y ya comprometido para la mujer cuya reputación debía ser para él tan sagrada como la suya propia? Y además, ¿qué sería lo provenir? Terminada la licencia, ¿partiría? ¿Consentiría ella ahora su partida? ¿Iba él también á renunciar á su carrera, á hacerse culpable de aquella insignificante debilidad que tanto réprobó á Roberto? ¿Y por la misma mujer y con la misma causa! Porque Roberto al ménos tuvo el pretexto del casamiento. Pero deponer sus charréteras, romper su espada para unir su suerte á una mujer que no podía ser más que su amiga, ¿no era esto una verdadera locura y una verdadera vergüenza? Y si ella se lo pedía, ¿no se encontraba demasiado obligado hacia ella para no negarle nada? Y además y sobre todo ¡ay! Mauricio la adoraba.

Salía una noche del castillo; el cielo estaba encapotado, y volviése á pie á casa de su madre. Mientras caminaba, y lejos de la encantadora, iba pensando, como de costumbre, en sus errores incertidumbres, en sus escrúpulos, en sus angustias. Al pasar por la márgen del riachuelo que regaba el jardín del cura, notó que uno de los balcones del presbiterio estaba todavía alumbrado, y era el del gabinete donde trabajaba el anciano sacerdote. Esta luz, entrevista al traves de los árboles en esta tranquila residencia, le inspiró el sentimiento de una paz divina. Envidió la suerte del anciano que terminaba dulcemente sus días en este retiro.

Se detuvo; luego, de repente, dando una vuelta, llamó á la puerta del presbiterio.

El abad Demostreux, armado de un lente, se encontraba examinando medallas cuando le anunciaron la llegada del joven comandante de artillería. Levantóse al momento y le recibió con su cordial benevolencia, pero no sin alguna inquietud.

—Os pido perdón, señor cura —dijo Mauricio— por haber venido á molestaros á semejante hora; pero verdaderamente me hallo tan atormentado, soy tan desgraciado, que he querido otra vez pedir vuestro consejo.

El anciano se inclinó ligeramente.

—Mi madre —prosiguió Mauricio— de seguro, os



¡Vale más que sea vuestra mujer!

habrá puesto al corriente de lo que ha pasado y de lo que pasa entre Mme. de La Pave y mi humilde persona.

El abad inclinó de nuevo su blanca cabeza.

—Indudablemente yo podría tomar los consejos de mi madre, cuya prudencia conozco..... pero en el caso presente, temo que no mire las cosas con la imparcialidad necesaria. Acudo, pues, á vos, señor cura, en una circunstancia crítica de mi vida; me presento

á vos como á un hombre honrado, y permitidme añadir como á un amigo.... me presento á vos también como á un sacerdote de familia con pensamientos elevados y santos, y os pido consejo; pues toda mi vida moral se encuentra en derrota.

—Veamos, hijo mío.

—Habeis sabido por mí mismo, señor cura, que yo fui el encargado de trasmitir á Mme. de La Pave las últimas voluntades de su marido, y recordaréis

cuales fueron estas voluntades. Le impuso con trágica solemnidad no casarse nunca. Hoy ya conocéis el estado de mis relaciones con Mme. de La Pave; sabéis cuál es nuestra situación mutua, delicada, equívoca é imposible.... Pues bien; en nombre del cielo, ¿qué puedo hacer, qué debo hacer para permanecer hombre honrado?

— Hijo mío — dijo el anciano sacerdote — sé todo esto, efectivamente, y todo esto me atormenta mucho; pues verdaderamente la cuestión que sometéis á mi criterio es, hasta cierto punto, insoluble.... No acuso ni al uno ni á la otra, puesto que nada habeis premeditado.... circunstancias inevitables os han acercado y os han puesto en relaciones íntimas y confidenciales. Os habeis amado.... es una desgracia, una gran desgracia; pero, en fin, tal es la situación, que no se puede cambiar, y se trata únicamente de buscar el mejor camino para salir de ella. En primer lugar, vuestro deber parece claramente trazado; reunir todo vuestro valor, ahogar vuestros sentimientos personales, desafiar las reconvenções, las lágrimas, hasta el ridículo, y asentaros para no volver jamás. Pero como creo conocer á Mme. de La Pave, si haceis esto, ¡será una mujer perdida! Para vengarse de vos, de mí mismo, de todos nosotros, y hasta de Dios, se arrojará al desórden, llegará á la desesperación, al delirio, y la habréis convertido en una cortisana.

El abad Desmoutreux se interrumpió un momento; luego, viendo que Mauricio bajaba la cabeza sin responder, prosiguió:

— Ahora, señor comandante, dejadme olvidar un momento que soy sacerdote, y hablaros el lenguaje mundano: si vos no partís, si continuáis con Mme. de La Pave estas relaciones de pretendida amistad, dentro de un mes ó de seis meses, esta amiga, la viuda de vuestro amigo, será vuestra querida. Vos no lo dudáis, como yo tampoco la dudo. Pues bien, ¡vale más que sea vuestra mujer!

Mauricio lanzó un grito.

— ¡Oh! ¡lo sé! — prosiguió vivamente el anciano; — lo sé; no desconozco la respuesta; ¡es terrible! Casaros con esta jóven, cuando tenéis el recuerdo del último mensaje de su marido, confiado á vos mismo; ¡esto es muy duro y muy doloroso! Pero, lo repito, el estado á que han llegado las cosas, es el único medio que tenéis para impedir que la viuda de M. de La Pave sea uno ú otro día una mujer deshonrada!

— Pero ¡gran Dios! — exclamó Mauricio — para impedir que ella sea una mujer deshonrada, ¿es menester que yo me deshonre?

— Hijo mío, es posible que yo sustente un error; pero me parece que si yo perteneciese á este mundo, y me encontrase en esta alternativa, habría más bien arriesgado alguna cosa de mi honor ántes que poner en peligro el de la mujer que yo hubiese amado.

Mauricio aspiró; luego, levantándose:

— Perdon, señor cura; yo abuso de vos verdaderamente; os doy gracias y me retiro.

Y cerca de la puerta, apretando la mano del anciano:

— Ha sucedido, efectivamente, lo que vos habeis

predicho; enemigo ó cómplice.... y vedme aquí cómplice!

Durante el curso de la noche, sin poder dormir, el comandante de Freilense detuvo su resolución. Esperaba una explicación con Mme. de La Pave; quería poner fin de una manera ó de otra á la situación actual.

Habría sido excusable prolongarla mientras hubiese podido conservar algunas ilusiones sobre la naturaleza de sus propios sentimientos y sobre el carácter de este vínculo; pero ahora, y sobre todo despues de su entrevista con el cura, sus ojos se habian abierto. Si aceptaba por más tiempo esta vida, sería la vida de un hipócrita y de un cobarde. Todo era mejor que esto.

El día siguiente fué un hermoso día de verano, tanto, que al sonar las doce hacia un calor sofocante y pesado.

Cuando Mauricio se dirigió hácia el castillo, inundaba el campo un sol de oro; pero una banda de azul sombrío se habia formado en el horizonte occidental, é invadió rápidamente la extensión del cielo. Ya se distinguian en los campos y en los senderos ese silencio absoluto y esa paz inquieta que preceden á las tormentas.

Dijeron á Mauricio que Mme. de La Pave estaba en el jardín, y probablemente en la calle de los carpinos.

Allí la encontró efectivamente, sentada sobre un banco de piedra, y leyendo.

Ambos gustaban de esta antigua calle, en la que habian pasado entre ellos una escena que permaneció igualmente acariciada á su recuerdo. Madame de La Pave buscó allí un refugio contra el extremado calor del día; pero despues de un momento se veló el cielo bajo la nube de la tormenta; el sol no despedía ya sus rayos al traves de la bóveda de los carpinos, y una semioscuridad reinaba á lo largo de la calle, sombría y silenciosa como una iglesia.

La bella sonrisa que habian entrecubierto los labios de la jóven al aproximarse Mauricio se extinguió de pronto, desde que pudo distinguir la rígida expresion de sus facciones.

Mariana se levantó.

— ¿Teneis que decirme alguna cosa, amigo mío? — preguntó la jóven tímidamente.

— Sí, señora.

Sentóse á su lado, y en tanto que la viuda clavaba sus regioes ojos sobre los de Mauricio,

— Mariana — prosiguió el comandante — la existencia que llevamos no puede durar. Vuestra reputación podria sufrir mucho, y ademas, yo represento aquí un papel de Turlupé que me subleva; pues la verdad es que yo os amo como amante y no como amigo.... Es necesario concluir; de otra manera, no tardaréis en despreciarme como yo comienzo á despreciar á mi mismo. Yo no quisiera dejáros, al ménos que vos no me lo ordenaseis; pero, si yo permanezco, es menester que me hagais la merced de aceptar mi nombre, de casaros conmigo en fin.... yo sé lo que hago, creído bien; sé lo que os propongo. ¡Es un crimen! Pero nosotros estamos aquí. Es me-

nestor escoger.... Yo estoy á vuestras órdenes: ¡decidid!

La viuda experimentó un sentimiento de dolor sin lágrimas, y apoyó fuertemente sus dos manos contra su rostro, y despues de algunos segundos,

— Yo — dijo — os amo bastante.... ¡Pero vos.... como os conozco, seréis horriblemente desgraciado!

— ¡Horriblemente! — exclamó Mauricio.

Mariana se levantó de pronto.

— ¡Pues bien — exclamó con acento breve, resu-



La optinó luego rato contra su corazon.

to é imperioso — ni una frase más, ni una palabra más.... nada más.... ¡Partid!.... ¡partid! ¡Yo lo quiero! ¡Os juro que lo quiero!.... ¡Yo os lo ordeno! ¡Adios!

Mariana le apretó los dos manos y le tendió su frente.

Mauricio le besó friamente los cabellos.

La viuda se deslizó con el ruido que producía su traje de seda, y cayendo á sus piés, con el cuerpo quebrantado y con la cabeza casi tocando á la arena de la calle, murmuró otra vez:

— ¡Adios!

Mauricio le recogió violentamente, la levantó y la optinó luego rato contra su corazon y contra sus labios. Todo estaba dicho. Erán ya prometidos.

X.

Madama de La Pave usó de su triunfo sabia y discretamente; habia obtenido bastante; no pidió nada más ni habló de division. Mauricio únicamente solicitó, con motivo de su casamiento, una próroga á su licencia que no le fué negada. Con el mismo espíritu

de prudencia meditada y llena de delicadeza, la joven se propuso dar desde este momento á su próxima unión una publicidad limitada: quiso hasta rodearla de cierto aparato de festejo, á fin de quitarle á los ojos de Mauricio ese carácter clandestino y culpable que él se encontraba dispuesto á darle. Se dejó hasta nueva orden á Mauricio en el Priorato; pero desde este momento, Mme. de Fremouse, á instancias de su futura nuera, debió instalarse en su casa. Al mismo tiempo Mme. de La Pave cultivaba con mayor actividad á sus parientes de vecindad; ofrecía hospitalidad á sus parientes de Alençon, entre los cuales figuraban dos ó tres señoritas, y detenía en su tránsito á los amigos que regresaban de sus correrías de Caen ó de Danville. Merced á estos huéspedes permanentes ó transitorios, el castillo se animó y tomó una vida activa y bulliciosa. Esta animación, en la que Mauricio se veía obligado á tomar su parte respectiva, no dejaba de ejercer sobre su estado moral una influencia saludable y de dar treguas por intervalos á las capitulaciones secretas de su conciencia. Acaso también se fué acostumbrando poco á poco, desde que detuvo su resolución, á la idea de este casamiento, recordando necesariamente el argumento casi irrefutable del anciano cura y la especie de necesidad fatal que alimentaba su alma. Le animaba también, para apaciguar su turbación, la alegría incomparable que notaba en su madre. En fin, se veía distraído y sostenido ante todo por el amor ardiente y profundo que embriagaba su corazón. Encontraba, por otra parte en la mujer que amaba tan apasionadamente, y á la que sacrificaba tantas cosas, un reconocimiento tan vivo, tan atento y tan lleno de gracia, que sus pesares y hasta sus remonimientos le parecían dulces á este precio.

Madame de La Pave era una mujer demasiado profunda para no tener la percepción cabal de los sentimientos que inspiraba. Conocía el amor de Mauricio. Sin embargo, desde que la dió en un arranque de pasión irresistible el beso de las prometidas, notó Mariana que su amante evadía, por una afección de respeto caballeresco, toda aproximación, toda ternura del mismo género. Parecía que por un resto de escrúpulo y de recuerdo retardaba tanto como le era posible el momento en que la vinda de Roberto sería para él alguna cosa más que una amiga. Madame de La Pave, adorándolo, sonreía secretamente al ver su debilidad, y esperaba curiosamente el fin de todo esto con una mezcla de impaciencia, de malicia femenina y de vaga inquietud.

Algunas semanas pasaron de este modo; el casamiento se fijó para el último día de Setiembre. Este día llegó. La doble ceremonia del matrimonio civil y del religioso se verificó, según los usos de la provincia, en la misma mañana. Salieron los novios de la iglesia á la una de la tarde. Acudió gran número de parientes á invitados, á quienes fué necesario atender durante el día. Después de un paseo por los jardines se improvisó un baile á compás del piano, y se dilató de esta manera, bastante penosamente, como sucede en estos casos, el momento de ponerse á la mesa.

La comida, de unos cuarenta cubiertos, servida en

el gran salón del castillo con profusión de flores y otros adornos, se prolongó hasta bastante entrada la noche. Durante la comida, como durante el curso del día, la actitud mutua de M. de Fremouse y de su mujer fué lo que debía ser en este centro social. No es de uso que los recién casados que pertenecen á la buena sociedad se retiren furtivamente en los rincones después de las ceremonias oficiales, ni que den á los asistentes el espectáculo de sus apresuramientos. El comandante de Fremouse y su joven esposa, por su carácter y por sus costumbres, eran, ménos que nadie, capaces de derogar estas conveniencias sociales y de exponer al público la confidencia de sus ofusiones. Nadie se admiró, pues, de la reserva que se guardaban el uno al otro. Sus miradas, frecuentemente cambiadas, atestiguan, no obstante, la ternura y perfecta inteligencia que reinaba entre los dos. Un tinte pálido y grave, cifiendo con dignidad elegante el uniforme severo de su arma, M. de Fremouse aparecía por otra parte á todos los huéspedes del castillo como un tipo ideal de marido civil y encantador. Ejercía, por lo general, cerca de las mujeres una política de esta edad y de formas exquisitas; pero al lado de la suya se veía que la refinaba, que el corazón y la enación andaban juntos, que sus palabras más insignificantes eran, sin embargo, palabras de amor, y hasta su silencio atracción. Mariana veía todo esto mejor que todo el mundo, por lo que estaba encantada.

Durante el primer tumulto que acompañó el tránsito de los convidados desde el comedor al salón, la joven castallana, ocupada en mil pormenores, perdió un instante de vista á su marido. Cuando concibió que no estaba allí, preguntó por él á los criados, y le dijeron que el comandante fumaba un cigarro en el patio del castillo. Como la noche era fría, Mariano se disgustó; pero la aseguraron que M. de Fremouse había sacado, antes de salir, su capote de uniforme.

Mauricio, fatigado aparentemente del ruido y de la muchedumbre, se había ausentado, en efecto, á fumar solitariamente sobre la terraza del patio; después, al cado de un momento, bajó la escalinata y se fué á la avenida. Entregado á sus pensamientos, avanzó, por medio de la sombra, hasta la extremidad de esta avenida, que terminaba en el casino público. Era una noche sin luna, pero llena de estrellas y muy clara. Después de haber andado algunos minutos más, se encontró en frente de una vieja cruz de granito que se levantaba en la encrucijada de los dos caminos. Había evitado hacia ya algún tiempo pasar por este sitio: este paraje retirado, esta cruz, le traían á la memoria recuerdos importunos.

Esta noche, ¿le vinieron estas reminiscencias por casualidad, ó las había buscado?

Lo que parece cierto es que la impresión que experimentó allí fué terrible, ¿Qué pasaba en su cerebro y en su conciencia?

(Se continuará.)

LAS MINAS DE CEDRO.

Las minas de cedro son pantanos inmediatos al cabo May, llenos de un cieno negro, donde están hundidos troncos inmensos de cedros blancos, á profundidades que varían entre tres y diez piés. Estos troncos, acumulados unos sobre otros, provienen evidentemente de bosques que se han sucedido en estos parajes, donde aun hoy crecen árboles análogos á los que están sumidos en el fango.

Existen allí tesoros que los americanos no dejan perdidos, haciendo de ellos, por el contrario, gran provecho.

Los hombres exploran con largas barras de hierro el fondo del fango y el agua; cuando han clavado la percha en un tronco, saben bien pronto, por medio de algunos sondeos previos, dónde está y cuál es su espesor; despues por el simple olor de un trozo de madera, deciden si es preciso sacar el árbol ó abandonarlo; sólo por el olor averiguan si el árbol es *windfall*, es decir, caído de viejo, ó *breakdown*, ó sea arrancado en plena juventud y lozanía y conservado intacto por las propiedades antisépticas de la laguna en que se halla sumergido.

Si el árbol es *breakdown*, los obreros separan el fango que le rodea, cuyo sitio es ocupado por el agua, la cual permite al tronco que se ponga á flote. Entonces se le sierra en segmentos regulares. Tal cedro, así sacado del pantano, ha dado hasta 10.000 tablitas, que se venden á 20 dollars, ó sean 100 pesetas el millar.

Se evalúa la edad de esos cedros en mil, mil doscientos y más años.

La capa superior de esos troncos cubre otra, y en ocasiones hasta una tercera, y por encima tiene un bosque vivo.

ELEFANTE

hallado entre el hielo en Siberia.

En una de las sesiones de la *Sociedad Zoológica*, de Francia, el Sr. Bayle ha anunciado que unos rusos encontraron en Siberia un elefante perfectamente conservado en el hielo, habiendo podido comer la carne de dicho animal.

Segun Bayle, esto no prueba que los elefantes hayan vivido en ese país, sino que en una época de grandes cataclismos sus cuerpos han podido ser transportados del Himalaya á Siberia, donde los hielos los habrán detenido; por lo demás, el tiempo necesario para su transporte es mucho menor de lo que generalmente se piensa.

Los elefantes, muy numerosos en aquella época, no han llegado todos á Siberia; muchos fueron detenidos en el camino, donde sólo han dejado como restos los huesos y los colmillos.

Respecto al cataclismo que ha arrastrado los elefantes hasta la region boreal, bastará recordar que los pescadores ingleses y americanos recogen todos

los años en sus redes colmillos de elefante; pudiéndose estimar en un millar el número de los que cada año se encuentran de este modo.

PUENTE DE MARÍA PIA

SOBRE EL DUERO, EN OPORTO.

Este puente notable, ejecutado por la casa Eiffel, de Paris, es digno de ser indicado por su importancia.

El Duero presentaba, en el punto de paso que se había escogido, dificultades considerables para el establecimiento de pilares, por lo cual se decidió atravesar el rio por un tramo central de 160 metros de abertura, el más grande que se ha realizado para los puentes, no siendo los colgantes.

La altura de los rails por encima de las bajas aguas es de 61,28 metros. En razon á esa gran altura se resolvió reforzar ese gran travesaño horizontal que sostiene la vía.

Por fuera del arco, y en las partes laterales, este tablero se apoya sobre pilares metálicos, de altura variable, segun la configuración del suelo.

El arco central, en virtud de sus dimensiones, exigia disposiciones especiales.

En efecto, se desistió del empleo de los timpanos, dando al arco una rigidez suficiente para resistir por sí misma á los efectos de deformación resultantes de la desigual distribución de las cargas; con este fin se dió al arco una altura muy grande, que fué fijada en 10 metros en la clave.

Para que pudiera resistir á las violencias de las tempestades, era indispensable que presentara una gran longitud en su base, teniendo sólo en su parte superior la estrictamente necesaria para la vía.

Los dos arcos en forma de media luna fueron, pues, colocados en los planos inclinados con relación al plano vertical; distan 3,95 metros en la parte superior, y 15 metros en la base.

Los arcos vienen á apoyarse en pilares, estribos implantados en las rocas de las dos orillas.

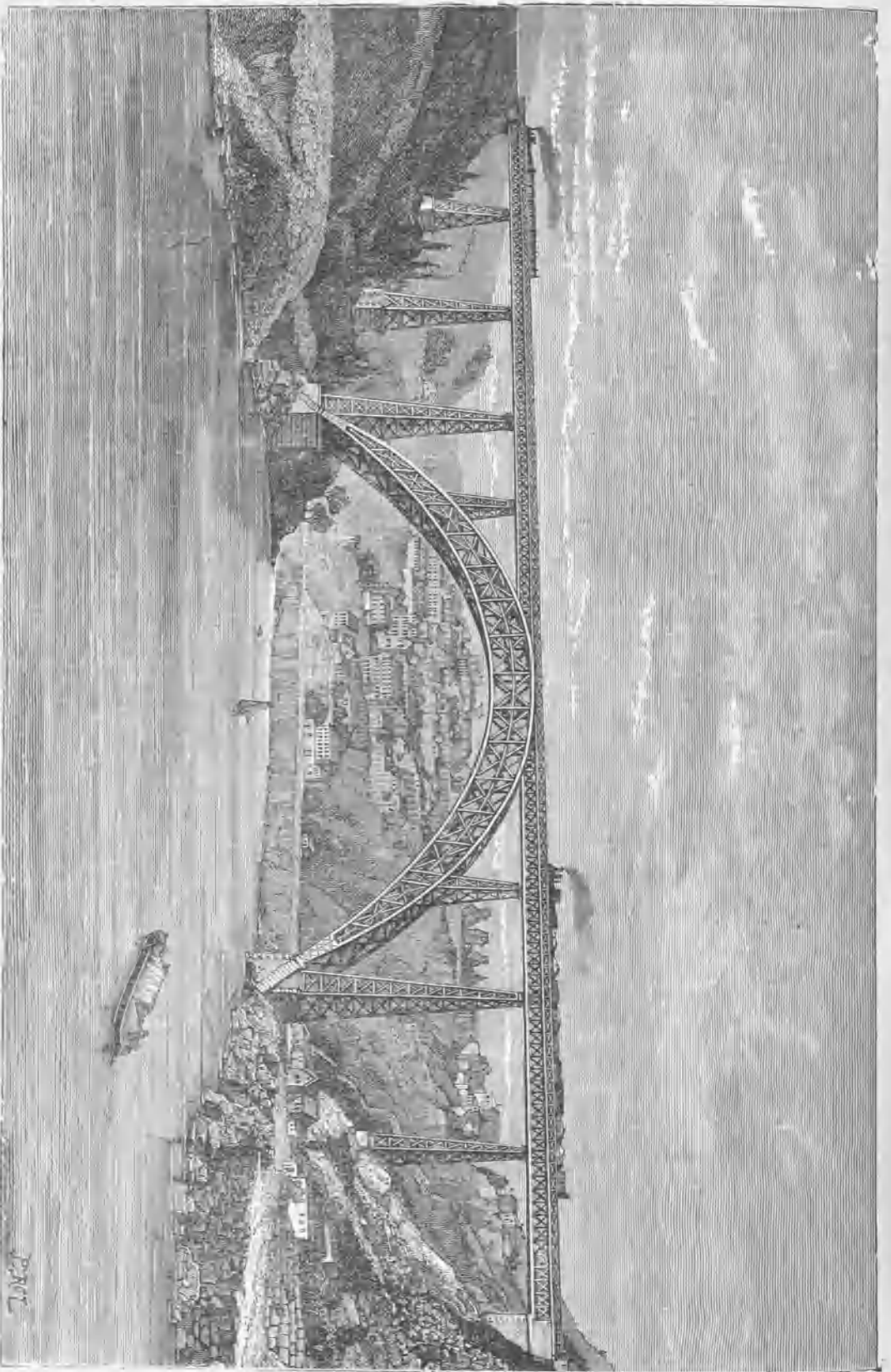
De un lado y otro de la parte central el tablero metálico se apoya por un andamio en el arco, se prolonga hasta los estribos, reposando sobre pilares metálicos de altura variable, segun el terreno, siendo dos por el lado de Oporto y tres por el de Lisboa.

En resumen: la parte metálica de la obra tiene una longitud de 352,875 metros.

Empezados los trabajos del citado puente en Enero de 1876, fueron concluidos en Setiembre los cimientos, los pilares y tableros rectos.

Interrumpidos los trabajos por las inundaciones durante el invierno, fueron recomenzados en Mayo de 1877, terminándose el puente el 31 de Octubre de 1877.

El peso del hierro de esta obra es de 1.450 toneladas.



PUENTE DE MAHÍA PIA SOBRE EL DEIRO, EN OPORTO (PORTUGAL).

UN BAUTIZO

EN LA ÉPOCA DEL DIRECTORIO.

Publicamos en el presente número una reproducción del celebrado cuadro de F. H. Kaemmer, pintor que, aunque natural de La Haya, debe ser clasificado entre los pintores de la moderna escuela francesa, como discípulo del reputado artista Gerôme.

El cuadro *Un bautizo en la época del Directorio* llamó justamente la atención en el *Salon* de pintura de París en 1876.

BALTASAR (1).

I.

En la Caldea, región del Asia situada entre el Eufrates y el Tigris, existía la ciudad de Babilonia, una de las más famosas del mundo, edificada por Nemrod, ensanchada por Belo y enriquecida por Semiramis.

Sus fértiles alrededores estaban poblados de campos de trigo, y los bosques de palmas y tamarindos se esparcían por todos lados meciendo sus erguidas cabezas siempre verdes y lozanas.

Las más ricas plantitas de los trópicos embalsamaban las llanuras, cubiertas de numerosos rebañes de yeguas, camellos y ovejas.

Los palacios de Babilonia eran templos de hermosura.

Sus jardines, en forma de anfiteatro, colgados sobre artísticas bóvedas, excedían en magnificencia á cuanto puede soñar la imaginación.

El lujo más refinado reinaba en esta morada del placer y la impiedad, y Babilonia, creyéndose invencible, tenía desde largo tiempo á los israelitas en la esclavitud.

Pero Dios, irritado con tantas maldades, anunció, por medio de los profetas, que Babilonia recibiría el castigo de sus faltas.

El santo Isaias había dicho:

Babilonia, agustia gloriosa entre los reinos, la soberbia de los caldeos será destruida, como destruyó el Señor á Sodoma y á Gomorra.

No será nunca más habitada, ni reedificada de generación en generación, ni pondrá allí tiendas el de Arabia, ni harán en ella majada los pastores.

Sino que reposarán allí fieras, y las casus de ellos se llenarán de dragones, y la abubilla fabricará allí su nido, y el avestruz saltará sobre los templos del deleite.

La predicción del profeta iba á cumplirse bajo el reinado de Baltasar.

(1) Publicamos en el presente número esta leyenda bíblica, de actualidad por el momento, pues en ella está basado el argumento de la ópera que con el mismo título se ha estrenado estos días en el teatro de La Ópera de Madrid.

II.

¡ Dios es grande!
Su sabiduría es inmensa.
Él ensalza al pequeño y humilla al poderoso.
Sigue los pasos del justo y penetra las miradas del impío.
Galardonada la virtud y castiga el orgullo.

Babilonia reposaba.

Espléndido festín había en el palacio Real.

Hermosas esclavas vestidas de finísimas telas, adornadas con brazaletes y collares de oro y ceñido el cabello de diademas y guirnaldas, pulsaban sonoras arpas, mezclando á sus melodiosas voces los suaves acentos de amorosos cantares.

Baltasar, rodeado de su corte, celebraba el triunfo de sus falsos ídolos sobre el Dios de Israel, y olvidando el peligro que le amenazaba, pues los medos y los persas habían puesto sitio á la ciudad, entregábase á los placeres del festín.

Embriagado y delirante hace traer á su mesa los vasos de oro y plata que habían servido en el templo de Jerusalem para el culto del verdadero Dios. Los cortesanos beben.

El Rey toma una copa sagrada, y al acercarla á sus labios, lanza un grito espantoso.

Su mano se abre...

La copa rueda en la mesa.

Baltasar queda inmóvil con los ojos fijos en la pared, el cabello erizado y la boca entreabierta.

De repente los convidados se levantan, quieren huir, pero una fuerza irresistible los detiene.

Todas las miradas se dirigen á un mismo punto.

Todos los labios enmudecen; todos los corazones tiemblan.

¿Qué sucede?

Una mano desconocida ha aparecido sobre el muro de la sala, dejando impresas estas incomprensibles palabras:

Mané, Thecél, Phares.

¿Qué significan?

¿Qué secreto poder encierran que así horrorizan y conmueven?

Baltasar manda venir á sus adivinos, los más sabios de la Caldea, y les dice:

—Púrpura vestirá, y collar de oro ceñirá á su cuello, y será el tercero detrás de mí, quien acertará esta escritura.

Pero en vano se esfuerzan en interpretar las simbólicas palabras.

La confusión reina en todos los cortesanos.

Los adivinos se miran llenos de asombro.

Apénas aciertan á pronunciar frases incoherentes y vagas.

Baltasar se impacienta.

Crece la turbación, y el Rey, cada vez más aturdido, pálido, tembloroso, ve ante sí los signos misteriosos girando entre fantásticas formas y colores, que huyen y se desvanecen.

Su frente arde, y hace inútiles esfuerzos para al-



UN BAUTIZO EN TIEMPO DEL DIRECTORIO

710

jar de su pensamiento aquella horrible visión que turba su alma.

— *Mane, Thecel, Phares* — repite en voz baja.

¿Qué suatema, qué predicción contienen esos signos que vienen á helar la risa del festín? ¿Qué mano atrevi6la ha grabado sus caractéres?

Y dirigiéndose á los sabios, exclama:

— ¡Prontó! ¡Prontó! Descifrad el enigma que nos rodea.

Nadie responde.

Nitorvis, madre de Baltasar, dice á su hijo:

— ¿Por qué no haces venir á Daniel, el profeta de los israelitas? Conocido de todos es su talento en la interpretación de los sueños.

— ¡Llamadle! — grita el Rey, y poco despues aparece el profeta.

Su preséncia cautiva todos los corazones y atrae á sí todas las miradas.

Humilde y noble á la par, su rostro destella como un resplandor celeste.

El rey se le acerca, le pregunta, y aguarda anhelante una explicación, que al mismo tiempo teme y desea.

— ¡Va que llegó la hora! — habla Daniel.

«El grande oprimió al pequeno y se regocijó en su llanto.

» Nabucodonosor, tu padre, reinó sobre infinitos pueblos.

» Dios le había dado riqueza y gloria.

» Su nombre era respetado por muchedumbre de vasallos.

» Mas su corazón llenóse de soberbia y desconoció la mano divina que le regalaba los bienes de la tierra.

» Y Dios, en castigo, le desterró de entre los hombres.

» Y fué confundido con las bestias del campo.

» Y habitó con ellas hasta que reconoció el supremo poder del que reina sobre todas las criaturas.

» Tú, Baltasar, cierras los ojos, al ejemplo de tu padre, y te humillas ante los ídolos de tus ímpias creencias.

» Dios ha visto tus maldades.

» Has profanado su nombre, y hé aquí que su mano invisible te señala en esa escritura tu destino.

» *Mane*: Dios ha contado los días de tu reinado y le ha puesto fin.

» *Thecel*: Has sido pesado en la batanza y encontrado falta.

» *Phares*: Tu reino ha sido dividido, y dado á los medos y á los persas. »

Calló el profeta, los cortesanos se miraron, y la sala quedó en silencio.

III.

En las tinieblas de la noche cubren los caudillos las montañas y las llanuras.

Tremolan sus banderas y levantan voces de combate.

Han venido desde los confines de la tierra.

Son fuertes como los cedros del Líbano.

Sus pasos como de viento impetuoso.

El Señor los ha llamado, porque sonó la hora de la venganza.

Débiles cervatillos son sus contrarios.

Han pecado contra su Dios y la soberbia será confundida.

Y prostrada su arrogancia hasta el polvo de la tierra.

Las luces de su campamento brillan en la oscuridad, como ojos de fuego que miran su presa.

Acechan los muros y las entradas de la ciudad.

¿Quién la defiende?

Duerme su Rey; duermen sus cortesanos.

Mas ¡ay! los enemigos penetran en la ciudad derribando la consternación y la muerte.

Revuélvense los habitantes en confuso tropel, y parecen heridos como la corza por el cazador.

Los niños son estrellados, y las mujeres forzadas, y los hombres acuchillados, y saqueadas las casas.

Ocen las puertas del palacio, y el Rey y sus servidores, al despertar inquietos, cierrán para siempre los ojos.

Y Baltasar es degollado y confundido su cuerpo con los de sus vasallos.

UNA VISITA

Á LOS MONOS DE LA CHIFFA (ARGELIA).

Entré las tradicionales excursiones de un viaje á Argelia, se cuenta la de una visita á las gargantas de la Chiffa. Este es uno de los puntos clásicos.

Si los monos del valle fueran vuestra curiosidad, ó son susceptibles de agradaros, voy á esforzarme en dároslos á conocer.

Habiendo llegado á Blidah para examinar los depósitos de transporte del Oued-el-Kebir, tenía que comprobar ciertos caractéres de una formación análoga á las bocas de los desfiladeros de la Chiffa.

Debiendo tomar el ferro-carril de Orán á las nueve de la mañana, no podía disponer del tiempo necesario para hacer una excursión de 25 kilómetros por lo ménos.

Me fui á caballo, saliendo ántes de amanecer. Aunque el sol no había salido aún, el mercurio de un pequeño termómetro que llevaba marcaba más de 33°. ¿Por qué tal calor? Un siroco abrasador había soplado toda la noche. Todavía me parece estar sintiendo en la cara sus bocanadas de aire caliente, semejantes á las de un horno. Esto no impide á mis pequeños caballos árabes, acostumbrados á esta atmósfera de fuego, el marchar con ligereza por el camino de Medeah. Magnífico camino. Pasé primero atravesando la llanura en dirección paralela al del ferro-carril. Á ambos lados se extienden bellas plantaciones de naranjos, campos de trigo y algunas viñas.

Grupos de árabes, rebujados en su albornóz, marchan silenciosos en la semioscuridad.

Es tiempo de cosecha. Como en medio del día el calor llega á ser insuportable para el trabajo, los cosecheros empiezan ya á cortar sus trigos.

Hé aquí la Chiffa, que se presenta después, la entrada de las gargantas por detrás del río. El lecho de éste, ancho y profundo, se extiende con amplitud.

Al borde del camino existen algunas casas con correspondientes cultivos.

Más adelante, el camino se pierde en el valle por detrás de una hilera de montecillos.

Aquí no reina el siroco. Le sirven de obstáculo las montañas.

Allí se ve el laurel-rosa, adorno de verano de todos los ríos de Argelia.

Con el laurel-rosa se ven alternativamente, ó reunidos por grupos, el tamarindo, el olivo, el erable, el acebo, el lentisco, el yunague, el mirto, etc., etc.

Debajo de los árboles, y al lado de los zarzales, vienen los vegetales herbáceos más nimios, más modestos, pero casi todos en flor.

Cuanto más se avanza hacia el Sur, tanto más profundas aparecen las gargantas, tanto más espesas se hacen las selvas del valle.

Paisaje digno de los Alpes, las gargantas de la Chiffa forman en el Atlas una grieta visible desde muy lejos y de una extensión de cinco leguas.



UN MONO DE LA CHIFFA.

A la salida encuentran los ojos el cuadro mágico de la Chitidja, las colinas del Satef, el mar, en fin, que se distingue á través de la grieta de Mazafran.

En el fondo de la garganta murmura el torrente.

Nuestro viaje de hoy no va más allá del puente del Quesd-Mordja.

Para encontrar á los monos nos es preciso volver hasta el riachuelo que lleva este nombre, en una grieta á la derecha del camino.

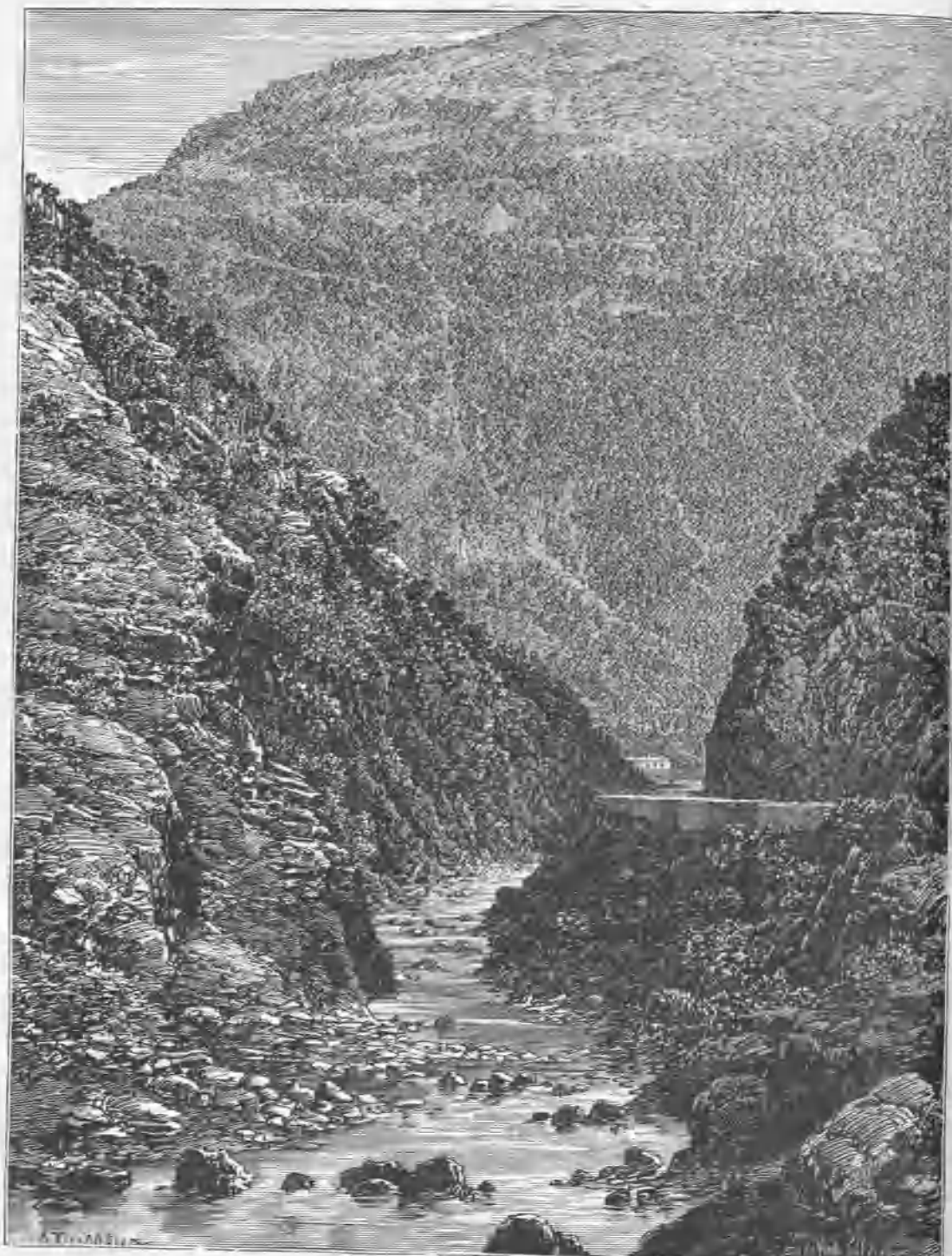
Á falta de otra indicación, la muestra, *Palacio*

de los Monos, colocada en una casa, basta para demostrar el punto clásico, objeto de los visitantes ordinarios de la Chiffa.

El *Palacio de los Monos* ofrece buen albergue. Los turistas ingleses vienen á él á menudo, lo cual constituye una garantía.

Un artista ha pintado en el muro una mascarada de sus habitantes. Hablo de los monos que lo habitan, no de las personas que vienen á visitarlos.

¿Pero cuando veremos á los verdaderos monos?



GARGANTAS DE LA CHIFFA.

pensará con seguridad el lector. Nada más fácil. Subid al jardín, detras del palacio, á unos cien pasos solamente.

El valle está muy poblado de árboles, y el bosque tan espeso, que el riachuelo desaparece bajo el césped.

¡Atención! ¿No notais un movimiento en los árboles? Ramas que se agitan. Ahí están los monos. Hé aquí uno que alcanzo con mi antejo.

Es un mono grande, viejo, jefe de familia. Aparece asido á un árbol, ocupado en su tocado matutino, acechando en los pelos de su piel no sé que cosa imperceptible para nosotros, que coloca entre sus dientes despues de haberla cogido con aire sumamente satisfecho.

Si tenéis buena vista, habréis notado ya los acompañantes de este personaje. Sin duda alguna son sus pequeñuelos. Trepan á los árboles más altos, corren en cuatro patas listas y ágiles. Se cuelgan á las ramas los unos de los otros formando cadena.

Al lado, una madre aprieta á su hijo contra su pecho.

Yo porfiaba á Mohamed, el criado árabe del palacio, que aquellos monos estaban domesticados y sueltos en los árboles del jardín para atraer á los turistas.

Domesticados ó no, viven en el valle por centenares. No me pesa el haberlos visitado.

En la Kabilia pululan los monos, hasta el extremo de ser una verdadera plaga para el país. Se les ve alimentarse, no solamente de las piñas, bellotas dulces y dátiles, sino tambien de melones y sandías que roban en los jardines. Mientras están haciendo el robo, dos ó tres de los más listos se suben á la copa de los árboles y á las rocas próximas para hacer centinela y avisarles en caso de peligro.

Una antigua preocupación popular hace que se les considere por la gente ignorante del país como los descendientes degenerados de una antigua raza de hombres que habia sido privada de la palabra por Dios, en castigo de sus faltas.

Por esta causa los temen, pero no tratan de destruirlos.

Los persiguen, los acosan, emplean todos los medios para tenerlos á distancia; pero no se determinan á matarlos.

CÁRLOS GRAD.

REPRODUCCION DE GRABADOS

POR LA OSCURIDAD.

Si se expone al sol la mitad de un grabado que haya estado por algun tiempo en la oscuridad, teniendo cuidado de cubrir bien la otra mitad, y se le lleva luego á un paraje oscuro, poniéndole en contacto con un pliego de papel fotográfico, la parte que haya estado expuesta al sol se reproducirá en el papel, mientras que en la otra no se reproducirá efecto alguno.

Un grabado expuesto al sol y colocado luego en la oscuridad á un cuarto de pulgada de un papel sensitivo, se reproduce tambien sin que medie contacto, y sólo por la irradiacion de la fuya oscura.

EL RICO Y EL SABIO.

Un siglo hará, muriese un tío opulento;
Lo enterraron y.... ¡abur! se acabó el cuento;
De gusanos plagóse el cuerpo frio
Y ya nadie se acuerda de tal tío.
En la siguiente aurora
Á un pobre sabio la llegó la hora,
Y del gusano vil tampoco libra,
Que el cuerpo le devora fibra á fibra;
Quiere roer su nombre.... ¡Intentos vanos!
¡La gloria no la comen los gusanos!

VENTURA RUIZ AGUILERA.

EPIGRAMA.

Anton declara que el vicio
De fumar ha desechado;
Pero siempre que le encuentro
Me dice:— Dame un cigarro.
De lo que yo he deducido
Que lo que Anton ha dejado
No es el vicio de fumar,
Sino el de comprar tabaco.

FABULA.

Al salir don Alejo de su casa
Dudaba qué sombrero se pondría
Entre el nuevo y el viejo que tenía.
Púsose el nuevo al fin, y á la hora escasa
Descargó de repente un aguacero
Que acabó con su calma y su sombrero.
No hubiera tal percance lamentado
El bueno don Alejo,
Si como yo tuviera el muy quitado
Nada más que un sombrero, y ése.... viejo.

DIALOGO.

Un estudiante decia á otro:
— Chico, estoy completamente tronado; creo que voy á concluir el curso en San Bernardino.
— Pero, hombre, tú tenias algunas alhajas.
— ¡ Ah! sí, amigo mio; pero mis alhajas se ven ya como lo reservado del Retiro, con papeleta.

TIPOS Y TRAJES

DE LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA.

Los adelantos del siglo, la general fraternidad de las naciones y las relaciones más fáciles en todas

ellas, han contribuido á borrar muchos de los rasgos que distinguían peculiarmente á los distintos pueblos en materias de trajes y costumbres. El traje ó tipo del madrileño ha desaparecido; las manolas ya no existen.

Deseando dar á conocer los tipos especiales de las



TIPOS ESPAÑOLES.—RONCALESES.

diferentes provincias, publicaremos en LA AMENIDAD algunos grabados que reproduzcan los diferentes trajes usados en las provincias españolas; unos existen todavía, otros, la inmensa mayoría, han desaparecido.

En el número de hoy podrán ver nuestros lectores una reproducción de los trajes usados á principios de este siglo por los habitantes del valle del Roncal.

LOS TERREMOTOS.

I.

Pánico producido por los temblores de tierra. — Arrojo de los terremotos. — El gran terremoto de 1755. — Destrucción de Lisboa. — Los mares y los lagos. — Las aguas negras y las aguas rojas. — Velocidad de las oscilaciones terrestres. — Distribución geográfica de los terremotos. — Ruidos subterráneos. — Los milcrónos sísmicos. — Los terremotos en el mar.

Se acostumbra á mirar las aguas como la imagen de lo variable y movedizo, y la tierra como el me-

por ejemplo de la firmeza, inamovilidad y solidez. Mas hé aquí que la tierra también tiembla, el suelo oscila y se mueve, y todo cuanto sobre él se afirma y se sustenta sufre la conmoción, cae ó perece.

La impresión que tal hecho produce en cuantos lo presencian no es para contado. Pero, como dice el ilustre autor del *Cosmos*, esta impresión no procede seguramente de que se amontonan entónces á la imaginación del testigo de tales catástrofes todos los horrores que la Historia consigna de cataclismos semejantes. Es que se pierde de golpe toda la ciega confianza que acerca de la estabilidad del suelo se tenía; en que se vuelcan y trastornan de repente todas las ideas desde la infancia adquiridas, robustecidas por la tradición y el hábito, sobre la inmutabilidad de la *tierra firme*; es que el suelo al temblar destruye en un momento la experiencia de toda la vida; una acción de fuerza inmensa y desconocida se revela entónces; la calma de la Naturaleza aparece como una ilusión, y el hombre se siente como arrojado violentamente en medio de un caos de fuerzas destructoras; entónces todo rumor parece una amenaza, todo ruido una señal de espanto, se desconaña de todo, empezando por el sitio donde se pone el pié. Los animales participan de las mismas angustias, temores y sobresaltos, revolando en sus rugidos, aullidos y movimientos el pavor que les causa el temblor de tierra. Las mismas aves, libres, por el medio en que generalmente viven, de los más inmediatos efectos de los terremotos, manifiestan con un vuelo irregular, inseguro, el afecto que semejantes fenómenos geológicos les causan.

Estallan los hombres de ciencia por explicar la causa de los terremotos, y teorías cien se disputan el campo con éxito indeciso. Lo único que de tales hechos se sabe es que son ondulaciones del suelo, más ó menos elástico. El centro de vibración de estas ondas encuéntrase en el interior de la tierra, unas veces no lejos de la superficie (á 3.000 ó 3.500 metros), otras á grandes profundidades, y en este caso la trepidación se extiende en vasto círculo á multitud de comarcas y á marcos enteros. El terremoto que en 1.º de Noviembre de 1755 destruyó á Lisboa, sepultando en los escombros á 30.000 habitantes, se sintió en el Salvador, en el Canadá, en la Carolina y en las Antillas en América; en España, en Italia, en Alemania, en Rusia, en Suecia y Noruega y en Inglaterra en Europa, y en toda la costa septentrional de Africa. El mar, violentamente agitado en sus fondos, se precipitó sobre las tierras; la ciudad de Setubal, á algunas leguas de Lisboa, fué inundada por una ola enorme; en Cádiz el mar saltó por encima de las más altas murallas del puerto. En las Antillas, donde la marea alta no suela pasar de 75 centímetros, las aguas del mar se presentaron negras de repente, y subieron 7 metros sobre su nivel ordinario, invadiendo las costas bajas. En el mismo instante los lagos de Suiza y los de Suecia, y el mar en las costas de Noruega, se vieron furiosamente agitados, mientras reinaba en

la atmósfera la calma más completa. En Marruecos muchas poblaciones quedaron destruidas, y miles de habitantes perecieron. Se cuenta asimismo que el Vesubio, que se hallaba entónces en plena erupción, se apagó de repente en el momento de la terrible sacudida terrestre. Los manantiales de aguas termales de Toeplitz se secaron durante algun tiempo, volviendo á aparecer despues las aguas, pero teñidas en rojo, semejjando manantiales de sangre, y con tal violencia, que inundaron la población, llenando de espanto á sus moradores. La sacudida terrestre habia desviado inordenadamente la dirección de la corriente subterránea de las aguas, haciéndoles pasar por una capa de ocre rojo, con lo cual tomaron el color que tanto contribuyó al asombro y espanto de los habitantes de Toeplitz.

El área de extensión de tan fuerte terremoto alcanzó, pues, una zona de más de cien grados geográficos de longitud y cincuenta de latitud; lo cual supone una superficie de *dos millones de leguas cuadradas*, en la cual se sintió la sacudida.

Otros terremotos han ocurrido cuya área ha sido no ménos extensa. Por lo general, los de la región mediterránea suelen alcanzar, con más ó ménos violencia, desde las islas Azores en medio del Atlántico, hasta más allá del lago Baikal, en las altiplanicias del Asia central.

Las ondulaciones del hielo que constituyen los temblores de tierra se suelen propagar en direcciones constantes, cuya determinación es del mayor interés para la humanidad, como lo es el encontrar las rutas, también constantes, que siguen comunmente los huracanes y las tempestades en la atmósfera. Algunas veces, sin embargo, la sacudidas en una dirección alternan con otras en dirección distinta. En los terremotos de Caracas en 1811, y de Chile en 1822, las ondulaciones de Norte á Sur se cruzaban con otras de Este á Oeste. Así resultan terremotos compuestos producidos por sacudidas simultáneas en diferentes direcciones.

La velocidad de propagación es muy variable, y depende de la naturaleza de los terrenos que la onda sísmica encuentra en el camino. En el gran terremoto de 1755, ántes mencionado, se pudo reconocer con bastante certeza que la velocidad de propagación fué cinco veces mayor entre las costas de Portugal y las del Holstein, que á lo largo del Rhin. De Lisboa á Glückstadt, ó sea en un trayecto de 295 millas, la vibración se propagó con velocidad de 2.490 metros por segundo, esto es, siete veces más rápidamente que el sonido por el aire.

La parte del globo donde los terremotos son más frecuentes comprende el Mediterráneo y las comarcas que lo limitan, el Asia Menor, el Cáucaso, el mar Caspio y las montañas de Persia; esta vasta zona confina y se enlaza con la extensa región volcánica del Asia central, cuyo principal foco parece hallarse próximo al lago Baikal.

(Se continuará.)

MITOLOGIA POPULAR.

MARTE, VENUS, VULCANO Y CUPIDO.



Cupido se acerca á Marte,
y Marte toca un jaleo,
que hace esponjarse de gusto
al otro par de mastuerzos.

Si fieras donna la música,
como ya lo estamos viendo,
de seguro el guitarrista
amansa el rigor de Venus.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Con el presente número reciben nuestros suscritores:

1.º Un magnífico mapa en acero, de Egipto y el Sudán, teatro de la guerra que actualmente sostienen los ingleses contra el Mahdí.

2.º Un suplemento dedicado al eminente escritor D. José Echegaray, con motivo del estreno de su último drama *Vida alegre y muerte triste*.

Debemos advertir que este último regalo corresponde sólo á los suscritores, y por lo tanto, no tendrá derecho á él el que pida el número 59 aisladamente.

Solucion al jeroglífico del número anterior.

El genio andaluz es amigo de la música.

SUMARIO

GRABADOS.—Puente de María Pia sobre el Duero.—Un tantico en tiempo del Directorio.—Un mono de la Chiffa.—Gargantas de la Chiffa.—Tipos españoles: Roncaleses.—Mitología popular.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.
TEXTO.—El Archipiélago de Iuago, por Julio Verne.—Aventuras de un pilluelo de París en Occania, por Luis Doussnard.—La Vida, por Octavio Feuillet.—Las minas de cedro.—Elefante huido entre el hielo en Siberia.—Puente de María Pia sobre el Duero.—Un tantico en la época del Directorio.—Baltasar.—Una visita á los monjes de la Chiffa.—Reproduccion de grabados por la ocularidad.—El rico y el sabio, por Ventura Ruiz Aguilera.—Egiptomanía.—Fábula.—Diálogo.—Los terremotos, por el Doctor Hispanus.—Tipos y trajes de las provincias de España.—Una consulta.—Solucion al jeroglífico.

MADRID, 1885.—Est. Tip. «Sucesores de Rivadeneyra».